

JARDIN MARIANO.

ARTÍCULOS, POESÍAS  
Y PENSAMIENTOS,

COMPUESTOS

EN HONOR DE MARÍA

por

D. Juan B. Pastor Licart,

LICENCIADO EN MEDICINA  
Y CIRUJÍA, SOCIO DE MÉRITO LITERARIO  
DE LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA DE LÉRIDA,  
Y DE LA  
JUVENTUD CATÓLICA DE CÓRDOBA.

— Con licencia. —

LÉRIDA:

Imprenta Mariana, á c. de F. Carrués.

1880.

JARDIN MARIANO

C-12  
PHAR-2/0002

# JARDIN MARIANO.

## ARTÍCULOS, POESÍAS Y PENSAMIENTOS,

COMPUESTOS

### EN HONOR DE MARÍA

por

D. Juan B. Pastor Licart,

LICENCIADO EN MEDICINA  
Y CIRUJÍA, SOCIO DE MÉRITO LITERARIO  
DE LA ACADEMIA BIBLIOGRÁFICO-MARIANA DE LÉRIDA,  
Y DE LA  
JUVENTUD CATÓLICA DE CÓRDOBA.

— Con licencia. —

LÉRIDA:  
Imprenta Mariana, á c. de F. Carruéz.  
1880.

DEDICATORIA.

---

Á LA

PURÍSIMA VIRGEN MARÍA,

REINA DE LOS CIELOS Y DE LA TIERRA.

MADRE DE DIOS Y MADRE MÍA.

---

SEÑORA: VOS SABEIS QUE OS AMO, Y YO SÉ QUE  
JAMÁS HABEIS DESATENDIDO MISERICORDIOSA MIS  
PLEGARIAS. ACEPTAD, PUES, COMO OFRENDA DE MI  
CORAZON AGRADECIDO, LAS FLORES QUE CORTÉ EN  
EL JARDIN DE VUESTRAS VIRTUDES PARA TEJEROS  
UNA GUIRNALDA, Y PREMIAD CARIÑOSA CON ESPE-  
CIAL BENDICION, EL AMOR QUE OS JURA VUESTRO  
RENDIDO SIERVO É HIJO AGRADECIDO

Juan B. Pastor Aicart.



Su nombre proclaman  
La brisa y las aves;  
Su Madre la llaman  
Los tristes que lloran al pié de su altar,  
Y acordes la ofrecen  
Sus notas divinas,  
Las ondas que mecen  
Los vientos, rizando la espalda del mar.

Guirnaldas de flores  
Recaman su manto,  
Y ofrenda de amores  
Su aroma los lirios al céfiro dan,  
Que en ecos sonoros  
Modula en el valle,  
Dulcísimos coros  
Que en alas del aura meciéndose van.

De alados querubes  
El coro la canta,  
Y el alba sin nubes  
De Mayo, tapices de rosa le dió,  
Y en sartas de estrellas  
Prendiendo los cielos,  
Sus mágicas huellas  
Del cielo en la altura la noche bordó.

Dos gayos cantores  
Que ensalzan sus glorias  
En trovas de amores,  
Cantares divinos remedan quizá,  
¡La brisa sonora  
Que duerme so el manto  
De luz de la aurora,  
Tambien entre flores copiándolos va!

La tierra sus galas  
Ofrece á María;  
Dosen con sus alas  
Le dan los querubes ardiendo en amor,  
Y el orbe de hinojos  
La adora su Reina,  
Y admira en sus ojos  
La luz de la aurora, del cielo el color.

¡Benditas las flores  
Que adornan su frente,  
Prestando colores  
Al alba que nace del seno del mar,  
Y eterna dulzura  
Y aromas, al aura  
Que llora ó murmura  
Del sauce doliente la copa al besar!

¡Benditas las almas  
Que tejen con rosas,  
Y lauros y palmas,  
Coronas de gloria, guirnaldas de fel  
¡Benditas y hermosas  
Si trenzan con lauros,  
Y palmas y rosas,  
Tapices divinos que huelle su pié!

Cristianas doncellas,  
Que en coros festivos  
Y en cantigas bellas  
Loais de María la eterna piedad:  
De hinojos postradas  
Cantando sus glorias,  
Las castas miradas  
Y el cándido ruego felices alzad.

Galanes creyentes  
Que al pié de sus aras,  
En trovas fervientes  
Que vuelan al cielo su gracia pedís,  
Y amando á María  
Que os sirve en el mundo  
De luz y de guía,  
Más celo de amores por Ella sentís;

Con rojos claveles  
Y lirios nevados,  
Bordad sus doseles  
Do trenza la aurora su veste real;  
Pedidle colores  
Al sol que es su manto,  
Y aroma á las flores,  
Y al ave del bosque su trino filial.

La aurora sin Ella,  
Sus tintas desmaya,  
Y enlutan su huella  
Las nubes que arrastra veloz aquilon,  
Y galas del prado  
Las flores que al alba  
Regalan tocado,  
Juguete á la tarde del céfiro son.

Cristianas doncellas,  
Galanes creyentes;  
Sus fúlgidas huellas  
Que borda la aurora de hinojos besad;  
Sus castos amores  
Los vuestros bendigan,  
Y amad sus dolores,  
Y todas sus penas y duelos llorad.

Corona de espinas  
Ceñid á la frente,  
¡No flores mezquinas  
Que nacen y mueren de un sol á la luz!  
Volad á la altura  
Con ella ceñidos,  
Y eterna ventura  
Cantad victoriosos al pié de la Cruz.

## II.

### MEDITACION MARIANA.

#### I.

¡Bellísima es la sonrosada aurora del primer día de Mayo! Coronada de luz como una Reina en medio de su córte, los céfiro que han despertado en los pliegues de su manto de oro, la saludan con sus melifluas melodías; las flores, estremeciéndose al ósculo de las brisas, embalsaman el ambiente con el perfumado tesoro de sus cálices; tiñense de rosa las alturas de los cielos, y la naturaleza entera, como si aspirase con la luz del alba, el viviente soplo de nueva fecundidad, despierta entre luz, perfume y armonías, para rendir pleito homenaje á Dios.

¡Ah! ¡También rejuvenece el corazón las mustias flores de la virtud, y latiendo con jubilosa presura, ofrece su aroma de piedad y de cariño á la Reina de los cielos! Acaba de nacer el mes de Maria, y sus latidos anhelan acompañar con sus misteriosos acordes, la dulcísima plegaria de las almas que aman á la Reina de los tristes, y á la Madre de los desconsolados y de los afligidos!

¡Oh aurora bella! ¡Cuán dulcemente ciernes tu luz de rosa y tus resplandores de oro, sobre los vergeles ya en flor! ¡Cómo prestas armonía á los bosques murmurantes, á los arroyuelos espumosos, y á las avecillas enamoradas! ¡Cómo llenas el corazón de santa dicha y de celestiales venturas!

Tu eres el alba deseada de los nuevos goces y de las divinas esperanzas, porque Maria, alba del Sol divino, te ha elegido para mostrarse en los altares, coronada de flores y entre torrentes de luz y ondas de perfumes, Reina de los cielos, Madre de los pecadores, y consuelo de los afligidos.

## II.

¡Reina de los cielos! La misericordia, su poderoso cetro; su resplandeciente trono, la piedad; su corona, las virtudes; ángeles y querubines, su corte; el amor, su aliento; la ternura, su sonrisa; y su palabra, el perdón. ¡Qué hermosa es la soberana de los cielos! ¡Qué dichosos sus servidores!

Vasallos somos; en el imperio sin límites de su amor. Su mano nos guía desde las alturas

del cielo, cuando la sombría noche de los dolores entenebrece los horizontes de la vida; su palabra salvadora nos despierta, cuando caemos en el vergonzoso sueño de la culpa; su voz nos llama como amoroso reclamo al rédil de sus divinos amores, y su piedad endulza el rebosante cáliz de todas nuestras amarguras.

Reina es, pero misericordiosa

La mano omnipotente que dió vallas de arena al mar, y asentó sobre incommovibles cimientos los collados y las montañas, tomó luz de sus purísimos ojos para encender las pupilas de la aurora, perfumó con su aliento el entreabierto capullo de las flores, copió los acordes de las lirás de los ángeles en la armonía de su voz dulcísima, urdió su manto de soberana con rayos del sol, engarzó en hilos de luz estrellas del firmamento para tejer corona á su frente, y afirmando la luna en su pedestal, la dió como peana á sus piés.

¡Cómo se postran ante su trono, llevado en alas de los querubines por los cielos, los rendidos coros de los ángeles! Cómo la ofrece el mundo sus homenajes, y la presenta las primicias de su cariño! Cómo se espanta el infierno al recordarla!

## III.

¡Madre de los pecadores! Venid á Ella! vosotros los que andais caminos de perdición y de quebranto; venid los que bebed la hiel de la culpa, y llorad, y alcanzareis su misericordia. ¡Solo Ella sabe enjugar con maternal ternura el llanto amargo de nuestros ojos, y sanar

con el bálsamo de su piedad las hondas heridas del corazón! ¡Solo Ella rumorea en el oído de los extraviados, el alerta divino del arrepentimiento, y calma las tempestades de la conciencia con sus inspiraciones salvadoras! ¡Solo Ella sabe amar!

Sus lágrimas, hermosas como el rocío de la mañana, refrigeran el corazón abrasado; sus sonrisas desvanecen las nieblas del quebranto, como los rayos del sol las nubecillas del cielo, y su palabra, convirtiéndose en voz de fortaleza, alienta al débil, levanta al caído y sostiene al que lucha con la flaqueza de la carne pecadora.

¿No visteis como desatan los arroyos sus grillos de hielo, y bajan presurosos para reanimar las florecillas del valle que languidecían y las doradas mieses de la vega que se agostaban, cuando brilla el sol sobre la cumbre de las montañas nevadas? Así brilla el amor de María sobre el alma pecadora, reanimando con la savia de la gracia los sentimientos cristianos abrasados por el placer, y las flores de las virtudes casi marchitadas por la duda.

¡Oh! María es sol que siempre fecunda, luz que no desmaya jamás su resplandores, nube que guía por el desierto de la vida a los mortales que la invocan, noche siempre coronada de estrellas, y aurora ceñida eternamente de luz y de claridad.

¡Madre de los pecadores! Las almas que languidecen abrasadas por el ardiente beso de la culpa, hallan en María brisas de perdón que reaniman y savia de gracia que fortalece; los corazones heridos en las luchas de la flaca na-

turaleza encuentran en Ella, bálsamo que sana y fortifica, y los ciegos ven en sus ojos la luz de la esperanza, y es su mano el báculo del peregrino, y es su manto, el hogar amoroso de los desamparados.

Despertad los que dormís en la tumba de las concupiscencias el sueño de muerte de los Lázarus pecadores, cuando escuchéis su voz, suave como las brisas de primavera; subid con Ella los que amais sus amarguras al calvario de sus dolores, y vosotros los que cruzáis acongojados el camino de la vida, no desesperéis, porque María es Amparo de todos los huérfanos, Medicina de los que padecen y Madre de los pecadores.

#### IV.

¡Consuelo de los aflijidos! ¿Quién gustó siempre dulce el cáliz de la existencia? ¿quién coronó de flores sin espinas su corazón? ¿quién halló sin asperezas el sendero de la vida? ¿quién no lleva cruz sobre sus hombros? Cruda batalla es el vivir del hombre sobre la tierra; batalla contra las propias pasiones; batalla contra las pasiones del hermano. ¿Quién sino María, cura a los heridos de esa lucha? ¿quién sino Ella, ciñe laureles que no se marchitan a la frente de los vencedores, y llora lágrimas de acerbísima amargura sobre los caídos? ¿quién sino María?

¡Jamás halla cerradas las puertas de su corazón, el triste que llama a ellas con la angustiosa voz del desconsuelo! ¡Siempre encuentran hospedaje en su regazo los enfermos del alma

que buscan medicina á sus dolores en su inagotable misericordia! ¡Siempre tienen lágrimas sus ojos para unirlos á las que derrama nuestro corazón, y suspiros sus labios que acompañan hasta los cielos nuestras plegarias!

Virgen de las Mercedes la invocan, los que arrastran entre las sombras de sus prisiones y el desconuelo de su soledad las cadenas del cautiverio; Virgen de las Angustias la llaman, los que sienten pesar sobre sus corazones como plomo la mano del dolor, y Madre de los Desamparados la dicen, los que sueñan en amarga horfandad, la desconocida ternura de una Madre.

No lloreis los que aprendisteis su dulcísimo Nombre, en los tranquilos y sonrientes días de vuestra niñez, porque Ella enjugará vuestras lágrimas; no olvidéis que es consuelo de afligidos y sereis consolados.

V.

¡Reyna de los Cielos! ¡Madre de los pecadores! ¡Consuelo de los afligidos! Mirad con ojos de piedad á vuestros hijos; premiad á los esforzados, alentad á los débiles, encended á los tibios, coronad á los perseverantes, fortaleced á los buenos y alzad á los caidos. Sed paño de lágrimas de los que lloran, consuelo de los que padecen y poderosa ayuda de los que sufren. ¡Todos son hijos vuestros!

Acordaos Señora, que nadie esperó en vano vuestro socorro, ni abandono manvacio vuestro templo. Levantadnos cuando lloremos caidos; sanad las enfermedades del alma; detenid el brazo de vuestro Hijo siempre amenazan-

te sobre los pecadores; hacednos humildes para entrar en vuestro reino, castos para que nuestras miradas se complazcan en vuestra hermosura, y pacientes para hallar siempre ligera la cruz de nuestros dolores.

Y dadnos, Virgen Santísima, que nuestros pensamientos sean siempre dignos de vuestra grandeza; que nuestros suspiros, nuestras palabras y nuestras oraciones, sean la ofrenda del corazón, y que os cantemos, hermosa como la luna, elejida como el sol, y terrible como las haces guerreras en orden de batalla.

III.

Á LA MADRE DEL AMOR HERMOSO.

PLEGARIA.

Reina del cielo y la tierra,  
Madre del Amor Hermoso,  
Triste, cansado y lloroso  
Vengo á tu templo á llorar,  
Que harto del mundo en los brazos  
Sus cálices he bebido,  
Y con sus flores ceñido  
Sus dichas supe cantar.

Ceñirme quiero hoy de abrojos  
Para gustar tus amores  
Que hacen dulces los dolores  
Del herido corazón,  
Y del suyo con ternura  
Dejar en la puerta de oro,  
El riquísimo tesoro  
De mi filial oración.

Quiero aspirar el perfume  
Que en tus floridos vergeles  
Dan el lirio y los claveles  
De tu piedad y tu amor,  
Y aromar el alma quiero,  
Para gustar la ambrosía  
Que á tus flores, ¡Madre mía!  
Dió el aliento del Señor.

Cruzando el mar de la vida  
Hirió mi pecho el quebranto,  
Y á Tí bañadas en llanto  
Mis plegarias elevé,  
Que solo en Tí amor divino  
Halla el mortal su consuelo,  
Y las delicias del cielo  
Gusta en la tierra la fe.

Noche de palpables sombras  
Del alma el azul velaba;  
Negra tormenta bramaba  
Con furia en el corazón;  
Pero tu Nombre bendito  
Serenó el cielo enlutado,  
Y en su velo azul, bordado  
El iris ví del perdón.

Eres del Amor Hermoso  
Fuente cristalina y pura,  
Y amor de la eterna altura  
Hiciste al alma gustar,  
Para que al amarte hallara  
Que son dulces tus amores,  
Y anhelara con tus flores  
Sus guirnaldas adornar.

De mis penas y quebrantos  
Tu cerraste la honda herida,  
Y en la senda de mi vida  
Solo flores encontré,  
Y aspirando su perfume  
Que es aroma de tu aliento,  
De mis dichas el contento  
Ya probado, rechacé.

¡Solo es dulce la ventura  
De tus cándidos amores!  
¡Solo en tu vergel hay flores  
Que marchitadas no ví!  
¡Solo en las tiernas plegarias  
Que eleva el triste á la altura,  
Notas de eterna dulzura  
Para cantarte aprendí!

Dame luz de tus pupilas  
Oh Virgen, para mi cielo,  
Y un retazo de tu velo  
Para cielo de mi hogar,  
Que con flores de mis valles  
Por la brisa perfumadas,  
Quiero en tus santas moradas  
Tus altares alfombrar.

Yo borraré con mi llanto  
Mis recuerdos punzadores,  
Y el amor de tus amores  
Dará á mis ternezas ley.  
Y de espinas á mi frente  
Daré coronas divinas,  
Que una corona de espinas,  
Vale mas que la de un rey.

Guirnaldas de frescas flores  
En mi cercado nacidas,  
Dejaré en tu altar prendidas  
Tejiéndote un pabellón,  
Y á su dulcísimo aroma  
Que volará á tus mansiones,  
Se unirán mis oraciones  
Que aroma del alma son.

Mis trovas allí cantando  
Diré tu casta hermosura,  
Y que de estrellas la altura  
Bordó á tu trono un dosel;  
Y que el Señor dió á ese trono,  
Peldaños de blancas nubes,  
Y que son siempre querubes  
Tus servidores en él.

Trovador de tus grandezas,  
Remedaré la armonía  
Que ensaya el aura en la umbria,  
Sus alas al desplegar,  
Y al cántico que á tu gloria  
Eleve mi pensamiento,  
Daré voz con el acento  
Que dá á sus olas el mar.

En la niñez aprendidas  
Y en el corazón guardadas,  
Dulces trovas y baladas  
Con mi lira cantaré,  
Y en alas del amor mio  
Que al azul tiende su vuelo,  
Hasta tu trono en el cielo  
Cantando me elevaré.

Reyna del cielo y la tierra,  
Madre del Amor Hermoso,  
Dame en tu seno amoroso  
Hogares, templo y altar;  
Dame que adore tu gloria  
Siempre rendido de hinojos;  
¡Dame que puedan mis ojos  
Todas mis culpas llorar!

## IV.

# M A Y O.

IMITACION BIBLICA.

¡Mes de Maria!

Suave y dulce es tu nombre como zumo de uvas zazonadas: como perfume de azucenas de mis valles es grato.

Porque eres suyo, dió aromas de tu aliento á tus sonoros cefirillos y luz de sus pupilas, á la rosada orla de los pabellones de tus alboradas.

Voz de tus pajarillos en la arboleda, eco de los suspiros que brotan de sus lábios; voz de tus brisas, suspiros de ángeles en el cielo.

El aroma de tus flores, aroma de perfumeros de oro ante el altar; esencia de mirra y de incienso.

Como aliento de ángeles es tu aroma; como bálsamo derramado,

Tu corona, de rosas y de jazmines que no se marchitan; colores del iris, las tintas de sus pétalos.

De lirios y de claveles son tus sandalias; azucenas y alelies, las trenzas de tu cabellera.

Tu diste sus flores á los vergeles y á los valles; tuyas son sus galas primorosas.

Ya no ostentan toca de nieve las montañas; gemidores arroyuelos bajan al prado, bordando de espuma sus orillas.

Nido de brisas perfumadas es cada pliegue de tu manto; nido de armonias y de perfumes.

Tus sonrisas, como resplandores que no desmayan en el cielo; tus nubecillas, ramos de rosas que llevan los ángeles que las guían.

Como ceñidores de plata desatados y caidos sobre alfombra de esmeraldas son tus arroyuelos.

Los valles que has hollado, canastillos de flores para el altar de la Inmaculada; tus armonias, los cefirillos de la vega.

Umbrales de tu hogar en oriente, los cielos sonrosados por la luz del alba, y tu templo, la naturaleza coronada de flores.

Perlas de tu corona, las estrellas encendidas en la azulada llanura, y tu cetro, la rosa coronada de rocío.

Porque eres el mes de Maria, tu belleza es incomparable; gozó el Señor dándote hermosura.

Tu luz rasgó las sombras de la noche, y tus dedos perfumados recorrieron el velo de la aurora.

Sereno es el azul como un pensamiento inocente; como suspiro de Virgen es tu aliento.

Mecieron los ángeles tu cuna, y despertaste cantando; tu cuna era de flores, y los céfiros tus cantos.

Como galan en el día de sus desposorios te adornaste; como doncel que enamora y canta.

Como los ojos de las palomas de Siria, son los resplandores de tu primera aurora, y es tu fecundidad como la del olivo que se rodea de renuevos.

Grato eres á mi corazon mas que el consuelo; dulce como la miel es tu Nombre al labio de los que te aman.

Inúndame con tu luz, mes de la Amada de mi corazon, dame tus resplandores para que vea su gloria.

Como el oro de Tíbar, son ricas y preciosas tus galas; todo eres hermoso para la gloria de Maria.

Suspiraron tus céfiros y acordó sus cuerdas la lira del poeta; cantaron tu hermosura los trovadores, y te llamó el mundo Mes de Maria.

Flores son los tesoros que en arcas de esmeralda guardas; perlas desgranadas del collar de la aurora, las que coronan el caliz de tus flores.

Muéstrame los secretos de tus hermosuras, mes de la Virgen, y yo las cantaré á los siervos de la Coronada sin mancilla,

Como el aroma de la rosa, subirá nuestra oracion á los cielos; como la cierva herida, buscaremos fuente que apague nuestra sed.

Cántanos las dulces trovas de tus tibios venticillos, y serán voz de las plegarias de nuestro corazon.

Tu eres amor de las doncellas cristianas, y fiesta y gozo inocente de los pequeñuelos.

Esperábamos tu venida como las avecillas medrosas el albor primero de la aurora; naciste, y nos gozamos con nuestras alegrías.

Porque eres el mes de nuestra Amada, te amamos con todo el amor de nuestro corazon.

Cuando naces, mora la alegría en el templo, y la inocencia sube coronada de flores al santuario.

Iluminaste con nueva luz nuestros caminos, y voz de lira sonora pulsada por mano diestra diste á nuestras plegarias.

¡Cómo se regocijan los moradores de la tierra! Vieron tus galas y las ofrecieron á Maria.

Cantaron las doncellas cantares de inocente amor; como trinar de aves enamoradas, eran las armonías de sus cantares.

Saltando de júbilo los pequeñuelos, llevaron presente de flores á la Inmaculada, y era pura como los deseos de su corazon la ofrenda de sus amores.

¡Bendito el Señor que llovió bellezas sobre tí! Su mano te ha engalanado para las fiestas de su Esposa.

Cuando sonrien tus auroras en oriente, inúndase de alegría nuestra alma, porque son resplandores de los ojos de nuestra Amada.

Todo eres bello y encantador, y tus dias, hermosos y agradables como los pensamientos de nuestro corazon.

—Aspiremos el delicioso perfume de sus flores, cantaron los hijos de Maria, y sus plegarias se elevan á los cielos como aromas del alma.

Porque es su Reyna, la saludan y la adoran como vasallos obedientes; postráronse de hinojos ante sus altares, y la ofrecieron los tesoros de su piedad.

Regocijaos en el Señor, los que amais las palabras de su boca; su voz anunció la llegada del mes florido.

Deritiéronse las nieves de la montaña; los recentaes, balan y triscan en el collado.

Desde que nace la aurora hasta que muere el sol en occidente la cantaremos; nuestras alegrías serán hijas de nuestros amores.

Como los cipreses de Sanir y de Hermon eres oloroso, porque nuestra Amada te perfumó con su aliento.

Canta con la voz de tus cefrillos matutinos su hermosura; ensalza sus bellezas con los gorgoros de las aves enamoradas que tienen nido.

Abriéronse las puertas del Santuario, y entró el coro de las doncellas que cantaba á la Inmaculada; todo era olor de incienso y perfume de lirios y de azucenas el hogar santo.

—Nuestros corazones la ofrecemos, cantaban las hijas de María; nuestros corazones y las guirnalda tejidas en el valle.

Tu hoz fecunda abrió el cáliz de las flores para que destilasen perfumes; las meció tu aliento y derramaron sus aromas.

Llenen el aire los suspiros que exhalamos celebrando tu venida: nuestra Amada mostróse en el altar coronada de flores y de luz.

Llegaremos á sus piés y la diremos cosas dulces; miel sabrosa derramarán nuestros labios.

Tus galas perecen, porque tú mueres á la tarde; nuestra Amada se engalana con vistoso atavío y está siempre hermosa y agraciada.

Como copa que se derrama en el festín, vaciaremos nuestro corazón en su regazo, porque Ella es la Amada de nuestro amor, y en su cariño nos gozamos.

La ofreceremos tus flores, y sonreirá con sonrisas de Madre; su voz nos llamará como amoroso reclamo.

Háblanos de su ternura y de su piedad, mes

de las flores; cántanos la riqueza de sus dádivas.

Ensayad vuestros cánticos, servidores del altar, y nuestras plegarias subirán con ellos hasta la altura.

Hemos despertado á la vida de la virtud con las auroras de Mayo, y celebramos la venida de nuestra Amada.

Las flores de los valles, viven un momento la vida de la hermosura; nuestras virtudes vivirán siempre.

Cantemos virtud, como cantan tus brisas, mes de las alegrías; entremos en el Santuario, y ardan nuestros corazones como el incienso en el perfumero.

Fuiste elegido para que reinase María en el altar coronada con tus flores; coronen nuestro corazón sus piedades, y seremos salvos.

Mes de las flores te llamaron; haz que se reanimen las que florecieron en el cercado de nuestro corazón.

V.

ROSA MÍSTICA.

Su color, color del alba  
Los dias de primavera:  
Su perfume, los aromas  
Del lirio y de la azucena.  
Los céfirs que su broche  
Con plácido rumor besan,  
Aliento de querubines  
Que vá aromando la vega,  
Y las gotas cristalinas  
Que en su caliz centellean,  
Polvo de luz que la aurora  
Cierne al mirarla tan bella.  
Ni la escarcha la marchita,  
Ni el sol estival la quema,  
Ni su color palidece,  
Ni se evapora su esencia.  
Cuando sonrie la aurora,  
La vé ceñida de perlas;  
La tarde en su despedida  
Con sus brisas la festeja,

Y aunque es divina su pompa,  
Luce sus galas modesta,  
Y antes de aromar el cielo,  
Perfuma su olor la tierra.

Rosa Mística se llama  
La flor que tanto embelesa;  
¡Flor que en los almos vergeles  
Brisas divinas oread!  
De la Gracia el arroyuelo,  
Dió ser á la Rosa bella;  
La luz del amor divino  
Las tintas de la Pureza,  
El beso de las Virtudes  
Su fragantísima esencia,  
Y la miel que hay en su caliz,  
El angel de la Modestia.  
Jardinero de los cielos  
La Mística Rosa riega,  
Y en flébiles brisas torna  
Los soplos de la tormenta.

Los que vais buscando rosas  
Para entretejer con ellas,  
Coronas á vuestras frentes,  
Y ramos en vuestras fiestas,  
Venid á admirar la Rosa,  
Gala de valles y vegas,  
Donde la mecen las brisas,  
Donde las auras la besan.  
Sin espinas en su tallo  
Candorosa se cimbreá,  
Mientras su pompa divina  
Lasavecillas celebran,  
Y perfumando las alas

Que el vientecillo desplega,  
Vierte torrentes de aromas,  
Desgrana sargas de perlas.  
En las tintas de su broche  
Toma color la inocencia;  
Su esencia el candor aspira  
Porque es olor de pureza;  
Su pompa copian las almas  
Que virtuosas se muestran,  
Y en su lozana hermosura,  
La ardiente piedad se espeja.

Corazones siempre hermosos,  
Almas que anhelaís ser buenas,  
Gustad el divino aroma  
Que escancia la Rosa bella.  
No perfumeis vuestra vida  
Con las que bordan la vega,  
Pues viven solo un momento  
Y su perfume envenena;  
No las ciñáis á la frente  
Aunque pomposas parezcan,  
Que están de espinas vestidas.  
Y al beso del sol se secan,  
Ni las desojeis soñando  
Hollar así alfombra rejia,  
Que solo el aura del valle  
Alfombra de flores huella.  
De rocío son al alba  
Coronadas, como reynas  
Que de esmeralda en un trono  
Su rica pompa lucieran,  
Pero la tarde las aja,  
Y el huracan juguetea

Desojando su corola  
Sin color y sin esencia.

Solo la Mística Rosa  
Luce con galas eternas,  
Pues es flor que plantó el cielo  
Para perfumar la tierra,  
Ni los cierzos la deshojan,  
Ni ardientse soles la quemán,  
Ni el alba adorna su caliz  
Con sarga de humosas perlas,  
Porque se llama María,  
Y es flor que luce modesta  
Aliños que quiso el cielo  
Fuesen divinos como Ella.  
Arcángeles y querubés  
La adoran y reverencian:  
Auroras de Mayo alfombran  
En las alturas su huella,  
Y para cantar sus dichas  
Pulsan con divina diestra  
Sus liras los querubines,  
Y su laud los poetas.

Corazones siempre hermosos,  
Almas que anhelaís ser buenas,  
Perfumad vuestros dolores  
Con su purísima esencia;  
Savia de vuestras virtudes  
Su fecunda savia sea;  
Perfume de vuestras dichas  
Su olor que los cielos llena,  
Galas de vuestros amores,  
Sus galas siempre hechiceras,

Y vuestras tintas divinas  
Colores de su Pureza.

Madre Virgen sin mancilla,  
Reyna de cielos y tierra,  
Flor que en los almos vergeles  
Brisas divinas olean,  
Perfuma el corazon mio,  
Vístele con galas nuevas,  
Dame corona de espinas,  
Calvario de duelo y penas,  
Caliz de dolores lleno,  
Cruz de dolorosas pruebas,  
Y haz que en tu reino halle un trono,  
El alma de tu poeta.

VI.

AMOR DE MARÍA.

Es tan áspero el camino de la vida, tan recios y multiplicados los combates que sostenemos con los tentadores satélites del Homicida, y tan débiles, miserables y apocadas nuestras fuerzas, que fueran inútiles los viriles ardimientos de nuestra voluntad para tocar la anhelada meta, si una mano siempre misericordiosa y siempre fuerte, no nos empujase de continuo cuando desmayamos cobardes, ó cuando volvemos la mirada con desaliento para buscar en el camino ya hollado un lugar de descanso y de soledad.

Próvido siempre el Señor y deseoso de nuestra dicha en el tiempo y en la eternidad, no ha olvidado empero que somos débiles, que nos cercan el dolor y el desamparo, y que necesitamos ayuda para no caer, consuelo para no gemir, esperanza y fortaleza para ser perseverantes, y remedio para curar nuestras dolencias. Desterrados en este valle de lágrimas, donde

siempre rebosa hiel el cáliz de nuestras amarguras, ¿qué fuéramos ¡pobres hijos de Eva caída! sin el dulcísimo é inacabable amor de la Eva salvadora? ¿á dónde convertiríamos nuestros tristes ojos, cuando peligrase la nave de nuestra fe en el mar de las tristezas y decepciones humanas, si la luz de sus ojos misericordiosos no brillase como indeficiente faro en la playa de la vida? ¿á quién llamar Madre en nuestra desconsolada orfandad si María nos nos llamase hijos suyos? ¿dónde encontraríamos fuente de aguas vivas que calmasen la abrasadora sed del alma, si no bebiésemos en el cristalino é inagotable manantial de sus virtudes?

Ágenos siempre los que viven entre placeres á las santas y dulcísimas alegrías del amor verdadero, no han detenido jamás su piadosa consideración en la entrañable é inmensa ternura que halla el alma en el amor purísimo de María, espejo y fuente de todos los amores. Buscando en el corazón de la criatura el amor liviano de la carne, ha desandado sus caminos hasta perecer sin amor en los eriales que la concupiscencia alfombra con mentirosas galas, y anhelando llenar el vacío de su cariño con afectos que mueren, ha metido el frío de la muerte en el alma. Y es que la fiebre del pecado amortiguando el sentido divino del espíritu, entenebrece con sombras de muerte los clarísimos horizontes de la virtud, acorta las distancias que nos separan del vicio, levanta ante los débiles con satánico espejismo, montes que la fe allana con fácil esfuerzo, y para atraer con fascinadores engaños á los confiados, corona de rosas la cruz del sufrimiento, siempre más pesa-

da á los flacos hombros del hombre, cuanto más desnuda de espinas la sube á su Calvario.

Hay sin embargo en el cuadrante de la vida, una hora augusta y solemne que hace despertar en el corazón del hombre todos los sentimientos que dormían sueño de muerte, y todos los recuerdos que el olvido había velado; la hora siempre santa y misteriosa del dolor. Cuando la pesada mano del quebranto abre honda herida en el alma que se soñaba á cubierto de toda agresión en la lucha sin treguas de la vida; cuando el río de la existencia arrastra las esperanzas del corazón y los sueños del pensamiento, como frágiles despojos que han de servir de juguetes á las olas del mar de los dolores; cuando el desamparo y el desconsuelo cubren de sombras las pupilas del espíritu, y los débiles buscan apoyo para no flaquear, y los labios repiten con trémulo balbuceo las oraciones aprendidas en la niñez, y se tiende la mano al invisible y cariñoso amigo que el cielo puso á nuestro lado, despierta en el alma un Nombre lleno de consoladoras esperanzas y de alegrías indecibles; el santo, dulcísimo y puro Nombre de la Madre de Dios.

¡María! ¿Qué acentos tan cariñosos halla entonces el dolor para pronunciar su Nombre! ¡qué gratamente sabroso es á los labios de los que lloran sedientos de paz, y qué dulcemente hermoso rumorea en el corazón de los que habían agotado todos los lenitivos de la dicha terrena para paliar el indecible sufrimiento de sus amarguras comparadas al placer! ¡cómo torna la serenidad al alma y desaparece la negrura de los pensamientos! Soñaba desesperado el peca-

dor en el mentiroso descanso de la tumba, y torna sin desesperar al campo de batalla que había abandonado cobarde; fingiase desamparado el triste en la soledad de su desconsuelo, y la voz amiga de la Consoladora de los afligidos, le vuelve á la dichosa vida de la calma.

¡Amor de Madre! ¡cuántas tempestades calmas en el cielo del corazón, y cuántas flores se abren á tu fecundo aliento en el vergel del alma! Tú sólo ¡oh amor purísimo! sabes el bálsamo que cura todas nuestras dolencias; tú sólo sabes tornar en dulce licor el amargo que rebosa siempre el cáliz de la vida! Donde sonríes, no hay lágrimas; donde vives, no hay soledad; donde cantas, no hay tristeza; donde reinas, no hay esclavos. Te humillas hasta el hombre, para que el hombre sea exaltado, y te elevas con él, para llegar hasta Dios. ¡Oh amor purísimo de María! Tú nos defiendes; tú nos redimes; tú nos salvas.

El amor de las criaturas, á merced siempre de la veleidad, de la inconstancia ó del interés, es endeble, pobre y pasajero; apegado á la tierra, desdénia subir á las alturas; enamorado de si mismo, rinde culto al orgullo, y desvanecido por su prestada hermosura, cae siempre que pretende levantarse; el amor de María, puro como sus pensamientos, virginal como su corazón, dulce y grato como sus virtudes, es inmutable, eternamente fecundo y perpetuamente redentor. El amor del mundo, gusta de cortesanos que silabeen en el dulce idioma de las lisonjas, las hermosas pero falsas alabanzas de la adulación, mientras que el amor de María, solo gusta que formen en su cortejo, los tristes y los

desconsolados los enfermos y los caídos, los débiles y los inocentes. ¡Cuan hermosos son, oh Virgen Purísima, las alegrías de tu amor!

¡Jamás volvió el hijo pródigo al hogar que abandonara en el día de las disipaciones y de los engaños, sin que los brazos de María no se abriesen para estrecharle amorosamente en su regazo! ¡Jamás halló fallidas sus esperanzas quien las ofreció á su ternura piadosa! Ester omnipotente, usa siempre de su favor cerca del Rey su Esposo, para hacer la felicidad del pueblo que la invoca; Judit esforzada, siembra el terror y la confusión entre los enemigos de sus hijos con su poder incontrastable; Raquel amante, su cariño no tiene medida. El infortunio halla hogar en sus brazos; el culpable que llora, encuentra asilo en su corazón; ¡oh! siempre será María, la gloria y la alegría de Israel.

*María ama siempre.* repetiremos con San Pedro Damiano; nuestras miserias, nuestras debilidades y nuestros mismos pecados, son otros tantos punzadores acicates de su inagotable piedad; la imperiosa necesidad que sentimos de su maternal cariño, reanima mas y mas su afectuoso amor, siendo su ternura superior á nuestras malicias, porque María ama siempre con amor invencible; *amat amore invincibili.*

Buscan los mortales con desasosegado afán los tesoros de la vida en las percederas venturas del mundo, ignorando que solo el amor de María, es el arca santa guardadora de los inagotables tesoros de la virtud, que es la verdadera ventura. Consagrada Madre del género humano, redimido con la sangre preciosa del Cordero sin mancha en la cima del calvario, su ina-

gotable piedad llena con tiernísimo afecto los santos deberes que le impone su maternidad universal, no siendo vallas bastante poderosas para detener el torrente de sus amorosas misericordias, ni el tiempo con su duracion, ni el espacio con su estension. Donde triunfa el justo, teje coronas á la perseverancia; donde se lamenta el triste enjuga el llanto del dolor; donde espira el enfermo, endulza las horas siempre lentas de la agonía, y donde lucha el esforzado, alienta con palabras de fortaleza.

Para responder á tan inmenso amor con justa y proporcional gratitud, es fuerza que el hombre ame como debe amar, arrojando de su corazon con ardiente celo, todas las pasiones que le martirizan, todos los pecados que le hieren y todos los vicios que le manchan, que fuera altamente injurioso para la divina ternura de María, ofrecerla flores marchitas, oraciones sin amor y deseos vanos y perecederos. ¡Estraña gratitud mostraría quien depositase en su altar con manos impuras, la ofrenda de su corazon manchado! Fuente inagotable de pureza y de amor santísimo, nuestra piadosa Madre ama en sus hijos los pensamientos que nada tienen de terreno, porque á su candorosa ternura, saben como hiel hasta los suspiros que no exaló virgen de ruines afectos nuestra alma.

Nada puede negarnos nuestra amantísima Madre, desde el momento en que recurramos á Ella con verdadera esperanza de obtener el tesoro de sus misericordias. Eterno refugio de los pecadores que no desesperan, María se constituye en su poderosa salvaguardia y en su in-

contrastable defensa, contra los certeros golpes que amaga la justicia divina. ¿No es esta, otra razon poderosísima, para amarla con amor sin mancha, con afecto sin medida y con ternura sin igual? ¿no cumple al interés de nuestra salvacion eterna, mostrarnos siempre dignos de sus mercedes, ofreciéndole las primicias de nuestra pureza?

¡Desgraciados de nosotros, si amortiguásemos un solo momento el amor que debemos á María! Ella será siempre nuestra Madre, porque nosotros seremos siempre débiles y pecadores. Mientras nos cerquen las angustiosas miserias de la vida y las alhagadoras pasiones del mundo, como enemigos aprestados de continuo para hacernos sus víctimas; mientras arrastremos por el áspero camino de la vida, la rota túnica de nuestra naturaleza herida y maltrecha por el pecado, necesitaremos su amor que consuela, fortifica y rejuvenece. ¿Cesaron acaso los poderosos ataques del infierno? ¿estipulóse por ventura provechosa tregua entre nuestra alma y las pasiones? La lucha entablada desde la cuna termina siempre en el sepulcro. ¡Felizmente María, no nos abandona jamás!

Constituida poderosa Medianera entre el Hijo de Dios, y los hijos de los hombres, su amor hace siempre inclinar la balanza de la justicia, en favor del reo arrepentido y penitente. Cuando al pecado sigue la compuncion, y las lágrimas anhelan borrar la mancha impresa por la culpa, María es toda nuestra, porque conociendo la debilidad y la flaqueza del amor cuando está asediada por las pasiones, vé con amorosas miradas los esfuerzos hechos para evitar la caída, y

se considera doblemente obligada á premiarlos con su generosa y decidida proteccion.

¡Oh! Amemos á Maria con todo el amor de nuestros corazones; amémosla como el Beato Alfonso Rodríguez, de la Compañía de Jesus, cuyo acendrado cariño, mostraba milagrosa fecundidad en los tiernísimos testimonios que su devocion ofrecia á la Madre de Dios; espresémosla nuestro afecto como el bienaventurado Hermann y como San Carlos Borromeo; imitemos la purísima y ardiente ternura de San Estanislao de Kostka, los dulcísimos transportes de cariño de San Felipe Neri que la llamaba *sus delicias*, y la cariñosa dulzura con que el meliflúo San Bernardo la decia, enamorada raptura de los corazones, *raptiva cordium*, no olvidando que, á pesar de todas las santas efusiones de nuestra piedad y de todos los arrebamientos de nuestra ternura, siempre escucharemos la voz de San Pedro Damiano diciéndola: Oh Señora! yo sé que es imposible venceros en amor.

## VII.

### FLORES Y LÁGRIMAS.

Sin tintas ni perfumes  
Mis flores yo te ofrezco;  
Tan sólo á sus espinas  
No ha dado muerte el hielo.  
Suspiros armoniosos  
Los gemidores céfiros  
Cantaron al mecerlas  
El alba que nacieron,  
Mas ¡ay! que en aquilones  
Tornándose muy presto,  
Juguete de sus iras  
Mis florecillas fueron.

La brisa que en su cáliz  
Ayer dejó sus besos,  
Llorando su tristeza  
Suspira sin consuelo,  
Y al verlas dehojadas  
Y sin perfume el seno,  
Sus cuitas canta y llora  
Con doloroso anhelo.

¡No sabe que su esencia  
Subió á tu trono escelso!  
¡No sabe que las flores  
Son perlas de tu cetro!

Sin tintas ni perfumes  
Sobre tu altar las dejo;  
Tan sólo sus espinas  
Para mi frente quiero.  
Con ellas mis pecados  
Tu corazon hirieron;  
Con ellas ¡hijo ingrato!  
Martirio di á tu pecho,  
Y es justo que con ellas  
Para ganar tu afecto  
Mi corazon corone  
Ya de tu amor sediento.

Yo lloraré de hinojos;  
¡Harto gocé riendo!  
Yo inundaré tus aras  
De cariñosos besos;  
Te cantaré en mis trovas  
Mi luz y mi consuelo;  
Repetiré tu Nombre  
De santo gozo lleno,  
Publicaré tus glorias  
Con himnos de contento,  
Y llevaré la tierra  
Hasta el umbral del cielo.

Con lágrimas de sangre  
Llorar mis culpas debo,  
Y en caliz de amargura  
Beber mis sufrimientos.

No de laurel ceñidas  
Las almas van al cielo,  
Ni de jazmin y rosa  
Corónanse tus siervos;  
No en vida de placeres  
Conquistase tu reyno,  
Que solo pueden ángeles  
Formar en tu cortejo.

No de liviana flores  
Hacerte ofrenda anhelo;  
¡Las que en los valles crecen  
Marchítanse muy presto!  
La flor de las virtudes  
Para tus aras quiero;  
Que es en aromas rico  
Su caliz de olor lleno,  
Y ni los vientos ajan  
Sus perfumados pétalos,  
Ni tienen sus colores  
La vida de un momento.

Cruzando voy del mundo  
Los ásperos senderos,  
Mis piés en las espinas  
Que son su alfombra hiriendo,  
Pesada cruz de penas  
Sobre mis hombros llevo;  
Sayones sin entrañas  
Me siguen escupiendo;  
De hiel amargo caliz  
Desamparado bebo,  
Pero al Calvario subo  
Para escalar el cielo.

No los lirianos goces  
Ni el terrenal afecto  
De los placeres busco,  
Los tuyos apetezco.  
No en el hogar del mundo  
Mi eterna patria sueño,  
Ni en sus floridos valles,  
Ni en sus vergeles bellos  
Delicias gusta el alma  
Que llenan sus deseos;  
¡El alma siempre anhela  
Delicias de los cielos!

Ligera navecilla  
Que ha combatido el cierzo  
En la revuelta espalda  
Del mar del sufrimiento,  
Con el amor por velas,  
Con la oración por remos,  
Y por timón Tu nombre,  
Buscando voy el puerto,  
Que allí los huracanes  
Se tornan blandos céfiros,  
Y mece el mar sus olas  
Con leve movimiento.

Oh dulce Madre mía;  
Oh cándido embeleso  
Del corazón amante  
Que gusta tus afectos;  
Oh estrella que no eclipsa  
La noche con sus velos;  
Oh flor que el mundo aromas  
Con tu divino aliento;

Oh fuente cristalina  
Donde virtudes bebó;  
Oh lazo que á la tierra  
Estrechas con el cielo.

Acójeme piadosa  
En tu amoroso seno,  
Cuando al azul eleve  
Mi espíritu su vuelo;  
Y aunque mis negras culpas  
Tu corazón hirieron,  
Enduza la agonía  
De mi dolor postrero,  
Perdóname amorosa,  
Defiéndame tu celo,  
Que en tu piedad ¡oh Madre!  
Y en tu cariño espero.

## VIII.

### PENSAMIENTOS MARIANOS.

—  
Escribid en el corazon de la niña el Nombre purísimo de María, y le convertireis en hogar de la piedad.

—  
Los corazones que no aman no tienen á María por Madre, porque María es toda amor.

—  
No hay huérfano que lo sea, si sabe decir: «Dios te salve, Reina y Madre».

—  
El Nombre purísimo de María es aldabon de oro en la puerta de las misericordias divinas.

—  
Amar á María es amar el verdadero amor.

—  
Bienaventurada cantan todas las generaciones á María, porque todas la llaman Madre.

—  
La puerta del corazon de María no está jamás cerrada al arrepentimiento.

—  
Los dolores de María son semejantes al mar en ciertos parajes; no puede medirse su profundidad.

—  
Para entrar en el cielo, es de necesidad ca-

si imperiosa amar á María, porque Ella es su puerta.

—  
Cuando la Virgen María reina en los corazones, reina la paz en la familia y la felicidad en los pueblos.

—  
Para sufrir con resignacion las penas de la vida, conviene compararlas con las amarguras de María.

—  
Los que guardan en su corazon el amor de María, llevan siempre consigo la medicina de todas las enfermedades del alma.

—  
Para descansar en el puerto donde María prodiga sus consuelos á los pecadores, es necesario cruzar el mar de la vida, venciendo las tempestades de la tentacion.

—  
Así como no hay yerbos donde la lluvia y el sol no hagan nacer alguna flor, tampoco hay corazones donde el amor y la piedad de María no hagan florecer alguna virtud.

—  
En todos los problemas que se relacionan con nuestra felicidad eterna, nos es siempre conocido un dato; el amor de María.

—  
En el idioma de los amantes de María sólo hay dos palabras; amor, dolor.

—  
No ciñe corona de gloria quien ántes no la llevó de espinas; María coronó con ellas su corazon, para serlo de estrellas en los cielos.

La medida de nuestra gratitud siempre es corta; la de María siempre nos da su amor con creces.

La verdadera humildad siempre es premiada; María fué elevada á la dignidad de Madre de Dios.

No hay dolores tan grandes, que no puedan ser mitigados por la piadosa contemplacion de los inmensos que sufrió María en el Calvario.

Las oraciones que se elevan á María no tornan jamás manvacias de los cielos, porque los tesoros de su piedad ni se cierran ni se agotan.

Campo fecundo es nuestro corazon; sembrémosle en nombre de María, y cosecharémos virtudes.

Para subir en la jerarquía de la virtud, es preciso ser humildes; María fué exaltada porque fué humilde.

La desgracia lleva á María, porque siempre fué Ella el consuelo de los afligidos.

La perseverancia en el amor á María da fortaleza y seguridad de completo triunfo en la encarnizada lucha sostenida con las pasiones.

No hay pararrayos más seguro contra la tentacion, que el dulcísimo Nombre de María.

El culto de María es una necesidad social.

porque los pueblos, como los individuos necesitan amar.

Las virtudes de María son semejantes á la aurora; su sola contemplacion recrea.

Para saber amar como ama María, sería preciso saber padecer como Ella padeció.

Los corazones que no aman á María están vacíos, son nidos sin aves.

Para ser grandes ante Dios, es necesario estar de rodillas; la Virgen María recibió de hinojos la visita del Parainfo cuando fué saludada en nombre de Dios: «llena de gracia».

Cuando los labios hablan de María, es seguro que el corazon la ama; el arpa no despide sonidos si no es herida por los dedos.

Las oraciones de los que no aman á María no llegan al cielo; sus alas, como las de Ícaro, son de cera.

Sólo el que persevera en el amor á María alcanza la corona de la victoria, porque el vencedor no lo es sino cuando la lucha ha terminado.

Los que desesperan, han olvidado decir: «Ea, pues, Señora; vuelve á nosotros tus ojos misericordiosos».

Todos necesitamos de María, porque todos somos pecadores.

Para comprender la profundidad de la caída de nuestros primeros padres en el Paraíso, sería preciso conocer la intensidad de los dolores de María en el Calvario.

Los corazones sin amor á María son semejantes á las flores artificiales; no tienen perfume.

En el engranaje de las oraciones marianas, es el Rosario una de las principales ruedas.

Cuando los labios cantan las glorias de María, gusta el alma una de las mayores venturas, porque vislumbra las escelencias de la Madre de Dios.

Los grandes Santos han sido también los grandes devotos de María; su grandeza moral, ha estado siempre en relación directa de su piedad.

Así como la sombra de los montes, invade los valles á medida que el sol descende, así también á medida que descende el amor á María en el corazón, es éste invadido por la sombra de la culpa.

Cuando los navegantes temen que estalle la tempestad, buscan su salvación en el puerto; busquen el puerto de María los pecadores que temen la justicia de Dios.

No nos acorbarde el dolor, ni nos rindan los sufrimientos; María estaba de pie al lado de la Cruz, donde espiraba clavado su Hijo.

La misericordia de María es semejante al alba, pues así como ésta anuncia la venida del sol, aquélla prepara la de su amor.

Las oraciones que elevamos á María sirven de piedras miliarias que señalan las etapas de nuestra piedad en el camino de la devoción.

La Virgen María gustó la hiel de todas las amarguras, para saborear la dulzura de todas las grandezas y de todas las glorias.

El corazón de los amantes de María es semejante á una lira que sólo tuviese una cuerda, pues no da más que una nota: la del amor.

Para que las almas se abrasen en el ardiente amor de María, es preciso que abrasen ántes todos sus afectos terrenos y livianos.

Los dulcísimos y secretos goces de la piedad mariana sólo los gusta la devoción constante, hija de un amor eterno.

Las fiestas de María tienen todos los atractivos de la belleza, de la verdad y de la bondad; porque María es espejo donde se reflejan la belleza suma, la verdad eterna y la bondad infinita.

La piedad mariana debe ser como la violeta, modesta, pero rica en perfumes.

Para aprender bien la virtud, no hay mejor libro que el corazón de María; porque el amor divino escribió en él los consejos de la verdad.

El mundo llama grande al hombre que se levanta sobre sus hermanos, olvidando que María cantó al Señor, que hace caer de su trono á los poderosos y eleva con sublime exaltacion á los humildes.

La mejor cadena forjada por el amor mariano para hacernos tiernos y enamorados esclavos de María, es el Rosario.

Para que la espiga dore sus granos, es necesario que la oree el sol de estío; para que las almas sientan el amor de María, conviene que sean combatidas por el dolor.

Para vislumbrar la intensísima amargura de las penas que afligieron á María, basta recordar que la piedad la llama Madre de los Dolores.

El dolor paciente y generoso halla siempre el consuelo á su lado; por eso los ojos de la piedad ven á María de pié junto á la Cruz.

Jesús nos redimió en el Calvario con su sangre, y María nos purificó con sus lágrimas.

María dió al mundo una sublime lección de humildad, con estas solas palabras; «Hé aquí la Esclava del Señor; hágase en mí su santa voluntad.»

El pecado es la noche, y la luz de la gracia el día. ¡Felices los que rueguen á la Estrella de la mañana!

## IX.

### EL ANGELUS.

Ya entre flotantes nubes  
Que de la tarde el céfiro  
Calladamente mece  
De ocaso en el umbral,  
Desciende el sol trezando  
La orla de rosa y oro  
Que adorna rejiamente  
Su túnica real.

Titanes coronados,  
Sus frentes alzan ásperas  
Los enriscados montes  
Bajo el flotante tul,  
Cuyo sereno velo  
Semeja rica alfombra  
Que Dios con sus piés huella  
Por la region azul.

Piando con dulzura  
Entre las ramas, cantan  
Los agiles jilgueros  
Con armonioso son,  
Mientras la brisa flebil  
Remeda dulcemente,  
Rumores misteriosos  
De mística cancion.

Las flores de los valles  
Se mecen blandamente,  
Al ceñirillo dando  
Su aroma virginal,  
Y el lago ya dormido,  
Para mecer sus olas  
Entona con sus voces  
Un canto celestial.

Naturaleza entera  
Ensayo sus acordes  
Para enviar al cielo  
El himno de su amor;  
Los mares dan ofrenda  
De voces armoniosas,  
Y su perfume grato  
La soñolienta flor.

¡Hora bendita y pura!  
¡Momento misterioso  
En que la fé despierta  
Cuando dormida está!  
¡Hora santa y solemne  
Para elevar al cielo  
Sus súplicas, el alma  
Que no esperaba ya!

Desde la erguida torre  
Que á su sagrada frente  
Dá por corona el Arbol  
De nuestra redencion,  
La voz del santo bronce  
Preludia con dulzura  
Del Angelus bendito  
La cándida oracion.

Ave, murmura entónces  
El balbuciente labio;  
Ave, Reyna y Señora,  
La dice nuestra fé;  
Ave, suspira el alma  
Que adora su grandeza,  
Y Ave, la dice el cielo  
Postrándose á su pié.

No hay corazon dormido  
Que el bronce no despierte;  
No hay alma que no entone  
Su súplica filial,  
Ni voz tan dulce y pura  
Como la voz sonora  
Del himno de la tarde;  
¡Tan puro y virginal!

¡Hora bendita siempre!  
¡Como despierta el alma  
Si en el manchado seno  
Durmiendo del placer,  
Marchitas vé las flores  
Que amaba con delirio,  
Y á su orgullosa frente  
Dió por corona ayer!

¡Como suspira y llora  
Por la perdida calma,  
Que en sueños é ilusiones  
Solicita buscó,  
Y como goza alegre  
Cuando tras larga noche  
De penas y quebrantos  
La luz de la paz vió!

¡Oh cándida plegaria  
Que el viento de la tarde  
A la mansion envia  
Donde mi Reyna está!  
¡Oh misterioso ruego  
Que al corazon herido,  
Consolacion segura  
En sus pesares dá!

Jamás del lábio mio  
La pena te arrebate,  
Ni el corazon te olvide  
Llorando su dolor,  
Que eres al alma mia  
Tesoro tan amado,  
Como el aroma al cáliz  
De la lozana flor.

Cuando al morir la tarde  
Desmaye sus fulgores  
El sol en occidente  
Velándome su luz,  
Y en la riscosa cumbre  
De la colina adore  
Los brazos estendidos  
Del árbol de la Cruz.

Cuando la noche tienda  
Su recamado velo,  
Dando á la tierra en calma  
Magnífico dosel,  
Y borden en sus pliegues  
Las fúlgidas estrellas,  
El Nombre de Maria,  
Mas dulce que la miel,

Exalarán mis lábios  
Con voz de amores llena,  
La tímida plegaria  
Del triste corazon,  
Que siempre ofrece al cielo  
La hiel de sus pesares,  
Envuelta en los perfumes  
De cándida oracion

Oh flores de los valles  
Que en el cerrado broche,  
El delicado aroma  
Solicitas guardais,  
Y al ala de los céfiros  
Que os roza blandamente,  
El ambar perfumado  
De vuestro caliz dais;

Oh brisas de la tarde  
Que saludais cantando  
De la nevada luna  
La casta aparicion;  
Oh mar que en calma meces  
Tus ondas espumosas,  
De tus sonoras brisas  
Al resonante son;

Unid vuestros acordes  
Al perfumado aliento  
Que exhalan los vergeles  
La tarde al espirar,  
Y que á los cielos suba  
Vuestra sencilla ofrenda,  
Como espiral de incienso  
Ante el sagrado altar.

Cantad á la Señora,  
Virgen de gracia llena,  
Reina de tierra y cielos  
Donde sus tronos son;  
Estrella de los mares,  
Aurora de la dicha,  
Casa de oro y Puerta  
De la eternal Sion.

Y entonces suba al cielo  
Del Angelus mi trova,  
Donde el querub la ofrezca  
De hinojos á su pié,  
Y en perla convertida  
Adorne su corona,  
Y premio un tiempo sea  
De mi gigante fé.

## X.

Á LA VIRGEN MARÍA,

MADRE DE LA SANTA ESPERANZA.

IMITACION ORIENTAL.

### I.

Porque esperé en Ella abierto el corazón á sus dulcísimas misericordias, y gusté la sabrosa miel de sus consuelos, canto á la Madre de la Santa Esperanza.

Vi en su corazón con la mirada del cariño, el perfumado hogar de todas las virtudes, y amé ser huésped en él, y fueron allí mis cortesanos y mis servidores, los ángeles del cielo, cuyas liras de doradas cuerdas, cantaban también las dulzuras de la esperanza.

Entreabriéronse mis labios como los pétalos de la flor que se despliega ruborosa al ósculo del alba, y la llamaron Madre, y entonces se estremeció mi alma al hirviente beso que depositó mi amor en su frente, como sello perfumado con aromas de azahar.

Desojando con manos inocentes las virginales flores de mi corona, dí á su templo alfombra de pétalos perfumados, mientras el incienso se quemaba en el perfumero de oro, desenvolviendo sus olorosos espirales en el espacio.

Pobre en tesoros, la ofrecí mis trovas siempre tan dulces como la miel que destilan los panales, y Ella aceptó la ofrenda del trovador amante, y colmó de bendiciones mis cariñosos recuerdos.

Y bendijo también mi lira cuyas cuerdas han vibrado armonías más bellas que las de los céfiros en la enramada, y cuyos acordes semejan música de bandolines pulsados por mano de ángel en las alturas de los cielos.

Porqué esperé en Ella y canté con melodiosa voz sus divinas armonías, bendijo la lira y consoló al trovador; Madre de la Santa Esperanza, derramó sobre mi frente el óleo santo de la piedad.

Cuando mi llanto corriendo como torrente que se desborda dió velo de lágrimas á mis mejillas, sonrió compasiva, y su sonrisa, como la aurora sin nubes del primer día de Mayo, desvaneció las de mis penas, mientras su voz más dulce que el trinar argentino de los ruiseñores cantaba en mi oído armonías celestiales.

Lasavecillas del valle mostraron sus alas de colores al levantar el vuelo, y gorgearon cantando las gracias de su hermosura, mientras las flores de los vergeles no hollados, me ofrecieron sus delicados aromas para perfumar sus altares.

Entonces cernió su cariñosa mirada la luz de sus amores sobre mi corazón, como cierne su

luz la aurora sobre la tierra dormida, y probé la regalada dulzura de su misericordia, fecunda siempre en perdon, como la lluvia y el sol de primavera en flores.

Cruze en noche de negra tempestad los mares del dolor; mientras lloraba el alma sin consuelo perdida entre las sombras de la pena, más negras que las pupilas del Ángel caído, pero Ella dió luz de sus pupilas á la cariñosa estrella de la mañana, y apareció hermosa la aurora, como si despertasen sonriendo entonces los querubines de los cielos.

Y canté con mi lira de cuerdas de oro, que eres bella más que los sueños de un niño, y hermosa como el cielo bordado de estrellas y el valle esmaltado de flores.

—Madre—dije: Tu serás mi consuelo cuando llore, porque tu eres mi cariñosa esperanza cuando estoy triste y desconsolado.

Y María me habló con voz dulcísima como los trinos del ruiseñor, y sus sonrisas infundieron en mi corazón la alegría de la verdadera ventura, y sus palabras fueron lluvia de bendición para el alma que anhelaba su cariño.

Canté su hermosura, y me dieron sus parleras armonías las aves enamoradas; bosquejé en mi pensamiento su Imágen, y el alba me dió colores, y con retazos del iris, enguirnaldé los doseles de su altar.

Bella es la Madre de la Santa Esperanza; bella como la cantan los querubines y la adoran los ángeles; hermosa como la ven los niños que sueñan, y los tristes que la invocan pidiendo consolación y piedad.

Las rosas del jardín se marchitaron, cuan-

do hirió su cáliz la primera escarcha del invierno; las de sus mejillas no se marchitan jamás, porque es su sávia el llanto del dolor y las lágrimas de la misericordia.

Cuando languidecian las flores de la virtud en mi corazón, dióles nueva vida su cariño, y gustó que su mirada, es fecunda como el sol.

Mis ojos la ven cuando nace el alba, coronada de luz y de perlas; y el alma se postra en el santuario de la virtud para ofrecerla los homenajes de su cariño.

Caí en el áspero camino de la vida, y me levantó su mano; fui herido en la lucha sostenida con las pasiones, y su amorosa piedad, fué el bálsamo de mis amarguras.

Cuando nacia el alba prendiendo el sol en su frente luminosa, veía la luz de sus ojos dorando las aluras de los cielos; cuando la noche enlutaba su imperio, admiraba la huella de sus pies divinos en las estrellas encendidas.

Como miel gustó su amor, y el alma se alzó con las alas de la piedad hasta su trono; ví su misericordia y fui consolado cuando gemía.

Siempre es poderosa, porque siempre es grande; siempre nos ama con todo el amor de su puro corazón, porque siempre es Madre cariñosa y seguro refugio de pecadores.

Como las palmeras del desierto, se levanta erguida brindando descanso al peregrino, y como el anhelado oasis, brinda fuentes que sacian la sed del alma.

Gustad sus dulcísimos consuelos y sus purísimas misericordias, los que llorais y gemís en los brazos de la amargura, y llamadla con ardiente ternura vuestra Madre; hollad sus ca-

minos los que deseais ver la luz, y os sonreirá su piedad, con resplandores tan bellísimos como los de la aurora.

## II.

Yo espero en Tí, cuando las furiosas olas del mar de la vida combaten ensoberbecidas la navicilla de mi alma, y tu mirada las serena, y tornando en apacibles cefirillos los desatados aquilones, sosiega la tempestad.

Yo espero en tí cuando lloro subiendo el camino de mi calvario, y tu me alientas de pié al lado de mi cruz, y me señalas el cielo donde todas las virtudes tienen palma, y todas las ofrendas hallan premio.

Yo espero en Tí, cuando el sufrimiento me encadena en el lecho del dolor, y tu dulcísimo Nombre suaviza mi amargura, y sueño que eres mi salvadora, y al despertar, estoy salvo.

Yo espero en Tí, cuando el quebranto me hiere en el corazón, y tu curas bondadosa mis heridas, y cantas para mecirme en el regazo de la piedad, las tiernas baladas de la misericordia.

Amas mis dolores, para que mi corazón espere en tus consuelos, y cuando me contemplas llorando, enjugas mis lágrimas y me llamas hijo.

Venturoso soy, como los que gustan en el banquete de la virtud, la dulce copa de la felicidad; venturoso como los que guardan en su corazón los tesoros de la alegría.

Siempre correré á la fuente de tus piedades para beber cristalinas aguas; siempre bus-

caré en el ameno vergel de tus virtudes, la flor blanca y azul de la esperanza.

Cuando eleve al cielo mis ojos te veré sonriendo; cuando me postre de hinojos ante tu altar; te ofreceré flores y plegarias para que vuelen hasta Ti los aromas de mis valles y los perfumes de mi corazón.

Pulsaré mi bandolín sonoro para cantar mis amores y tu hermosura; cantaré cuando la noche me inspire con su silencio, y los ruiseñores vigilantes con sus gorjeos.

Como guerrero que no teme los peligros de la batalla, lucharé con las pasiones esperando en Ti mi fortaleza, y alcanzaré con la victoria, los laureles bendecidos del amor y de la virtud.

Siempre esperaré en Ti, para no caer en el camino de mis dolores, y siempre serás mi Esperanza y mi segura salvación.

Como embalsama los valles y los vergeles el perfume de las flores llevado en alas de las brisas, embalsamaré en el purísimo aroma de la oración el santuario donde te adoro, y allí te cantaré Madre de la Santa Esperanza.

Gemirá doliente el impio en sus amarguras sin encontrar consuelo, y yo moraré en los hogares de la virtud, y sentiré la llegada de tu misericordia á mi corazón.

Amargas son las olas de los mares de la vida, pero mi resignación las contemplará serenas, esperando dulcemente en tus amores benditos.

Como busca la codicia los tesoros que encierran las montañas en su seno de granito, buscaré en la virtud de la esperanza, las santas é inacabables riquezas del amor y de la misericordia.

Con flores de los valles, coronaré mi frente para llevar ofrendas á tu altar, y llenaré las naves del santuario con las plegarias de mi esperanza y con los suspiros de mi amor.

No hallaré jamás amarga la copa de la vida, porque la endulzaré con la miel de tus consuelos, ni seré tardo en llamarte cuando jima y llora.

Y en la tarde de mi existencia, te invocaré con cariñosas palabras, y tu vendrás á recibir el último de mis suspiros y la postrera de mis lágrimas.

Y diré cantando dulcemente: esperé en Ella, y fui consolado; esperé en Ella y vencí.

Y el mundo la cantará, Madre de la Santa Esperanza, y los que en Ella esperen, serán salvos.

XI.

CORONA DE FLORES.

Quiero las más primorosas,  
Las más lozanas y bellas,  
Las más fragantes y hermosas,  
Para trenzar olorosas  
Guirnaldas con todas ellas;

Las que son alfombra quiero  
Del valle en Abril florido;  
Las que el cáliz hechicero  
Dan al céfiro ligero  
Cuando nace el sol por nido;

Quiero las que ostenta ufana  
La fecunda primavera,  
Cuando sus trenzas de grana  
Ata con luz la mañana  
Dorando la azul esfera;

Quiero jazmines nevados,  
Lirios azules, claveles  
De pétalos purpurados,  
Pensamientos perfumados,  
Y amapolas y laureles,

Que quiero si son pomposas,  
Lozanas, puras y bellas,  
Trenzarlas con blancas rosas  
Para tejer olorosas  
Guirnaldas con todas ellas.

Su fragancia y sus colores  
Quiero ofrecer á Maria  
En prenda de mis amores,  
Que el amor gusta de flores,  
Y ama mucho el alma mia.

Todas las que el valle ofrece,  
Quiero á su templo llevar  
Donde hermosa resplandece,  
Y las que escondidas mece  
El cefirillo al volar.

Dióla el cielo su azul velo  
Para tejerla un dosel  
Que fuese un segundo cielo,  
Y un trono labrarla anhelo  
Con las flores del vergel,

Que ellas son con sus olores  
Pebeteros de su altar,  
Y ofrenda de mis amores,  
Con los vistosos colores  
Que el cielo las quiso dar.

Quando en su templo bendito  
La adore puesto de hinojos  
Y ame su amor infinito  
Que llevo en el alma escrito  
Con el mirar de sus ojos,

Y la adore allí tan bella  
Como en sueños la adoré,  
Y hermosa como la estrella  
De la mañana que huella  
Al nacer la luz su pié,

Aroma de mis claveles  
Mi devocion la dirá,  
Y el lirio de mis vergeles  
Hasta sus regios dinteles  
Mi ardiente amor llevará.

Pobres flores engañosas  
Las que en el prado corté,  
Aun no sois bastante hermosas,  
Ni lozanas, ni aromosas  
Para ofrenda de mi fe,

Que en mi cariñoso anhelo  
Y en mi purísimo amor,  
Flores llevaré hasta el cielo  
Que jamás marchitó el hielo  
Con su aliento matador.

Aceptadlas, Madre mia,  
Como ofredda de mi fe,  
Y halle llena de alegría  
Vuestro amor el alma mia  
Cuando bese vuestro pié.

Hijo amante nunca olvido  
Que en la paz de vuestro hogar  
Hallan siempre amante nido  
Las almas que el mundo ha herido  
Porque os quisieron amar,

Y sé que sin Vos la vida  
Siempre es triste y sin ventura,  
Y que en Vos embebecida,  
Gusta el alma sin medida  
Vuestra divina hermosura.

Almas que con celo ardiente  
Su gloria y su amor amais,  
Y en vuestra piedad ferviente  
Para coronar su frente  
Flores y perlas llevais,

Venid de entusiasmo henchidas  
Como el mariano cantor,  
Y en su altar dejad prendidas  
Las coronas bendecidas  
Que la ofrece vuestro amor.

Como Madre cariñosa  
Su ternura aceptará  
Vuestra ofrenda siempre hermosa,  
Y siempre amante y piadosa  
Dulce consuelo os dará.

Venid y la trova mia  
Proclamará vuestro amor;  
Y ardiendo en santa alegría  
Daré también á María  
Una trova y una flor,

Que para cantar su gloria  
La dulce lira pulse,  
Y de su amor en la historia,  
Guardar quiero la memoria  
De mi cariño y mi fe.

---

## XII.

# VIVA MARIA!

INSPIRACION.

¡Viva María!

Salúdenla los clamorosos suspiros del mar en calma, y los desatados aquilones sobre cuya espalda cabalga la tempestad.

Canten su Nombre los cefirillos de la primavera coronada de flores, las ardientes brisas del estío ceñido de doradas espigas, y los gemidos vientos del melancólico otoño.

Copien las aves sus trinos en su voz dulce, y respiren aroma tan grato como su aliento los pensiles floridos y los vergeles.

¡Viva María!

Proclámela soberana el corazón que halló consuelo en sus piedades, y el alma que ve serenos los horizontes de la dicha.

Loe su bondad el que la ama, y espere en su misericordia el triste que lleva coronado de espigas el corazón y llenos de lágrimas los ojos.

Agote sus afectos el alma para ensalzar su ternura, y ensaye dulcísima plegaria el corazón con sus latidos para alabarla y reverenciarla.

¡Viva María!

Ríndala sus homenajes el cielo que la adora Reina y la tierra que la invoca Madre, y canten sus grandezas y publiquen sus glorias por los siglos de los siglos.

Ofrézcale la infancia sus sueños inocentes, tribútele ofrenda de purísimos amores la juventud, y tiéndale sus brazos con suplicante anhelo la ancianidad.

Contemplan la luz de su virtud los ciegos de espíritu, y verán; tornen á su hogar los hijos pródigos, y serán amados.

¡María!

Preludien su Nombre, más dulce que la miel hiblea, las brisas primaverales que anidan en el cáliz de la flor, y bórdenlo en el manto de la primavera los claveles y los lirios de los jardines.

Ensayen sus armonías para cantar sus perdurables grandezas los vientecillos de la tarde y las brisas de la mañana, y sea dulce y grato el himno del amor como el balar de los recentales triscadores.

Suspiren las brisas acompañando nuestros cánticos, giman los mares para llevarlos con la armonía de sus olas hasta los cielos, y conciértense todas las voces de la naturaleza proclamando sus maravillas.

¡María!

Engárcelo en su corone de rosa y de zafiros la alborada que trenza sus rizados de luz en los miradores de oriente, y bosquéjelo la tarde con los desmayados resplandores del sol en occidente.

Bórdenlo las fulgurantes estrellas en el lazo

azul de los cielos, y contemple la noche su hermosura cuando el astro inspirador de los trovadores pinte el cielo con su melancólica claridad.

Derramen sus aromas las flores de los valles que Ella meció con su perfumado aliento, y acorden sus gorgeos las avecillas que cantan al nacer la aurora, para celebrar su omnipotencia,  
¡María!

Canten su hermosura sin mancha los ángeles de los cielos, y las vírgenes coronadas de azucenas ante su trono, y llámenla su Soberana los querubines encendidos en santos amores.

Alábelo el universo mundo con todos los himnos de su alegría y todos los cantares de su gratitud, y ame su bendición piadosa, como nuncio de salvación eterna y premio de merecimientos.

Escuche el triste sus dulcísimas palabras de Madre, y torne á la esperanza de su amor; espere el desconsolado en sus misericordias, y dé al olvido sus quebrantos y sus amarguras.

¡Virgen y Madre!

Celebre mi patria amada con la inspirada voz de sus trovadores la majestad de su eterna soberanía, y emule con los armoniosos acordes de sus lirás los cantares de sus divinos adoradores en el hogar de las delicias eternas.

Canten su virginidad santísima y sin mancha los corazones limpios y los pensamientos inocentes, y celebren su maternidad sagrada los desamparados que lloran y los tristes que en Ella esperan.

Ella sola es la Inmaculada, y escritas por la fe con caracteres de luz y de oro, leen las almas sobre el pabellon azul de su trono estas palabras siempre benditas: Virgen y Madre.

¡Virgen y Madre!

Ofrézcala el candor sus purísimas plegarias, sus melodiosos cánticos la inspiración mariana y toda la ternura de sus corazones el inocente y el pequeñuelo.

Sean los labios de sus devotos panales de miel fluyendo palabras de dulzura; sean sus corazones arca que guarda tesoros de gratitud y de caridad.

Ofrezca el dolor sus lágrimas y sus gemidos, y será consolado; ofrezca la virtud sus espinas y sus ocultos quebrantos, y ceñirá corona de inmortales resplandores.

¡Virgen y Madre!

Sea su altar de flores el valle en primavera, su dosel regio la aurora de Mayo, y de sonrosadas nubes la peana que huellen sus calcañares divinos.

Gratos sean á su corazón como perfume de flores entreabiertas al primer rayo de la alborada los recuerdos de nuestro corazón, y dulces nuestros suspiros como acordes de lirás armoniosas.

Fecunde su mirada nuestras almas, y producirán flores de virtud; desate su mano bondadosa la venda de nuestros ojos, y nos sonreirá la luz de encantados horizontes.

¡Reina y Señora!

Amenla con amor sin mancha los tristes y los desconsolados, y busquen su luz los ciegos de espíritu, para enderezar los torcidos caminos de la vida.

Busquen los tesoros inagotables de su piedad con amoroso anhelo los que cayeron en el lodo de la culpa, y se levantarán vencedores, y ceñirán laureles que no se marchitan.

¡Reina y Señora!

Sean los tronos de los reyes peldaños de su trono santo, y dosel regio de sus pabellones divinos todas las púrpuras de los príncipes de la tierra.

Agote el amor toda la fecundidad de sus bellezas para engalanarla y ensalzarla, y nunca entibie su celo el corazón que la ama.

¡Reina y Señora!

Ofrézcala el corazón todos sus suspiros y el alma todas sus plegarias, y como el aroma de las flores que se engalanan en el vergel, suba hasta su trono el perfume de nuestros deseos.

Ella es nuestra vida y el secreto de nuestros anhelos divinos; Ella es la fuente donde apaga el alma la inagotable sed de sus afanes.

¡Viva María!

Sea este nuestro cantar postrero, y envuelto en los últimos suspiros de nuestra agonía vuele al cielo.

¡Viva María!

Así cantan los ángeles; así cantamos sus hijos.

¡Viva María!

### XIII.

#### SUEÑOS DE ANGEL.

Alcé mis ojos al azul cielo,  
Rasgué su velo,  
Nuevas bellezas allí adoré,  
Ví de María  
Toda la gloria, y en trova pia  
Que acordó el arpa, feliz canté.

Tu eres mi Madre,  
Virgen Amada;  
Tu mi consuelo,  
Tu mi esperanza,  
Tu el amor siempre  
Del corazón;  
Tuyos, oh Virgen  
Son mis cantares;  
De mis tristezas  
Tuyos los ayes,  
Y mis suspiros  
Para Tí son.

Ceñir tu frente  
De estrellas quiero;  
Llenar tus huellas  
De ardientes besos,  
Y amarte siempre  
Sin desmayar,

Pulsar mi lira  
Como el querube,  
Darte el aroma  
De mis virtudes,  
Y con mis flores  
Tu frente orlar.

Hollé del mundo las engañosas  
Sendas hermosas,  
Y herido siempre quedó mi pié,  
Llegué en mi anhelo  
Hasta los muros de tu azul cielo,  
Y allí dichoso tu gloria hallé

Por eso, oh Madre!  
Busco en tu templo,  
Flores que nunca  
Languidecieron,  
Ni que el sol mismo  
Marchitará,  
Porque es su savia  
Tu pura esencia,  
Porque eres Virgen  
Su jardinera,  
Porque en sus broches  
Tu aliento está.

Flores el mundo  
Me ofrece hermosas  
Que al alba nacen,  
Que el viento aroman,  
Pero esas flores  
Que hollo mi pié,  
Su erguido tallo  
Ciñen de espinas,

Pierden su esencia,  
Viven un día,  
¡Siempre la tarde  
Morir las vé!

Dame, Señora, que sueñe el cielo  
Donde en tu velo  
Divinas cifras la luz bordó;  
Dame que el alma  
Vibre á tu lado la virgen palma  
Que en las marianas lides ganó.

En tus mansiones,  
Virgen María,  
Pulsaré alegre  
Mi dulce lira,  
Y sus acordes  
Te ofreceré,  
Y en los peldaños  
De tu alto trono,  
Cuyos tapices  
De perlas y oro  
Huella el querube,  
Me postraré,

Y en paz cantando  
Dulces baladas,  
Tiernas canciones,  
Trovas cristianas,  
Mi afecto todo  
Dejaré allí,  
Para ensalzarte  
Toda bendita,  
Para ofrecerte  
Toda mi vida,

Y hallar mis glorias  
Todas en Ti.

Tu dulce Nombre con su armonía,  
Dió al arpa mía  
Ecos del coro del querubin,  
Y al labio mieles,  
Como el perfume de los claveles  
Que ayer nacieron en mi jardín.

Como un tesoro  
Guárdele el alma  
Que en Ti sus goces  
Divinos halla,  
Como su aroma  
Guarda la flor,  
Que es timbre escelso  
De escelsa gloria,  
Nuncio divino  
De paz dichosa,  
Fuente de eterno  
Celeste amor.

Como en la vega  
Cantan las aves  
Alegres siempre.  
Mis labios canten  
Tu nombre puro,  
¡Nombre sin par!  
Y su dulzura  
Virgen amada  
Dé muerte al vicio  
Que mancha al alma,  
Y en él aprenda  
Como ha de amar.

Siempre en mis sueños, Virgen gloriosa,  
Tu faz hermosa  
Lleno de gozo contemplaré;  
Siempre de flores  
¡Será la ofrenda de mis amores!  
¡Siempre á tus plantas las dejaré!

Siempre, oh Señora,  
Mis flores sean,  
Puro recuerdo,  
Preciosa ofrenda,  
Digno tesoro  
De mi piedad;  
Siempre su aroma  
Vuele á los cielos;  
¡Jamás sus broches  
Marchite el viento,  
Ni los deshoje  
La tempestad!

Que en ellas guardo  
Mi vida toda,  
De mi grandeza  
Las pobres glorias,  
Y los perfumes  
De mi oracion;  
¡Fuera ¡ay! muy triste,  
Que dehojadas  
Por el pecado  
Las viera el alma,  
Siendo la vida  
Del corazón!

## XIV.

### SOLILOQUIO.

Me postré á sus plantas virginales, lloré lágrimas de compuncion, y se llenó mi alma de dulcísimos consuelos. ¡Ah! ¿Por qué no corren á su templo con santo apresuramiento los que lloran sin cesar, y sin cesar sienten imperiosa necesidad de consolaciones? ¿Por qué buscan en el seno del mundo luz que ilumine sus torcidos y espinosos caminos los extraviados que bregan ente las tinieblas de su conciencia manchada? ¿Por qué no suplican á María, báculo de todos los peregrinos, y luz de todos los ciegos?

Yo me postré á sus plantas virginales; lloré, y fui consolado.

Me llamaba el mundo, pero no escuché sus palabras fascinadoras y engañosas. Vi que sus flores más lozanas y más bellas se marchitaban al nacer, y no las quise trenzar en mi corona; vi que eran amargas las corrientes de sus pasajeras alegrías, y no gusté sus cristalinas aguas, y mirando siempre negro el cielo de sus placeres, busqué la soledad en el amor castísimo de María, temiendo por la dulce ventura de

mi alma y por la santa paz de mi corazon. Ofrecíame, como la tentadora serpiente del paraiso, la dorada poma de su ciencia, pero desoí sus lisonjeros discursos, y huyendo su vecindad peligrosa, hallé en su templo el verdadero eden que soñaba el alma.

Vos me habeis alentado siempre en mis luchas, Virgen adorada; Vos sois la vencedora. Tupidas eran las redes que tendió el mundo en mis caminos, y vuestra mano poderosa las rompió, y llegué vencedor á vuestros brazos, como náufrago que alcanza la anhelada orilla despues de luchar con las gigantes olas del mar tempestuoso. ¡Oh, cómo escuchasteis cariñosa mi oracion, más pura que el primer gemido del niño en el regazo de su madre, y la atendisteis misericordiosa!

No olvidaré jamás vuestro poderoso patrocinio, ni dejarán mis labios de llamaros Madre con toda la dulzura de mis afectos; no abandonaré por los del mundo vuestros senderos de flores, ni se cerrarán á vuestro amor las puertas de mi alma. Desfallecia vencida la naturaleza pecadora, y Vos la disteis fortaleza; lloró acongojado el hijo, y se apiadó misericordiosa la Madre; mostró su indigencia, y le colmó de tesoros su inagotable liberalidad.

Vuestro amor os ha dado la omnipotencia ¡oh Soberana de los cielo y de la tierra! Levantadme, pues, con cariñosa mano cuando desfallezca triste y herido por la culpa en los tortuosos y oscuros caminos de la tierra, y llevad-

me al pié de la cruz, donde agotasteis un día, sin que asomara una queja á vuestros labios, toda la hiel de nuestros pecados. Yo os acompañaré allí en la soledad de vuestros dolores, con toda mi ternura y todo mi consuelo; aprenderé á sufrir para saber amar como Vos amais ¡oh Madre de Dios y Madre mia! y coronaré mi frente con todas las espinas que hieran vuestro corazón.

¡Oh alma mia! ¡cuándo cantarán enagenados los ángeles ante el trono de la Virgen Inmaculada tus eternos desposarios con la virtud? ¡cuándo serás heredera de tesoros que no se pierden? Contempla, alma mia, la sin igual hermosura de los caminos que van al cielo, y huéllalos sin tardanza; levántate con noble resolución, emprende con entereza la jornada, y no dejes el camino emprendido hasta llamar á la puerta del hogar de la misericordia, donde la Virgen Madre brinda á todos sus hijos grata consolacion y descanso. ¡Oh alma mia! aprende á sufrir, y conocerás el secreto de las verdaderas victorias; aprende á vencer, y gustarás la dulzura de los amores de María.

Como la tierna florecilla de los campos, vestida con galas de riquísimo precio, te levantabas airosa en los vergeles de la vida, pero el hielo del invierno te marchitó. Pide, alma mia, un rayo de fecunda luz á los ojos siempre misericordiosos de María, y volverás á erguirte lozana y á mecerte perfumada. Sólo á precio de humildad alcanzarás tu exaltacion, porque sólo los pequeños son grandes en el cielo, cuando

adoran con fe viva y con caridad ardiente al que hace descender de sus tronos á los poderosos, para que hallen y reciban gloria en ellos los que fueron humillados.

¡Oh alma mia! ¡qué laureles has alcanzado en las sangrientas luchas á que el mundo te arrojó insensato? ¡qué punzadores acicates han espoleado tu peligrosa ambicion? Llamaste sin temor á la labrada puerta de sus alcázares, y la lisonja te sobornó para que adorasas á sus dueños; quisiste su pasajera gloria, y compraste grosero envilecimiento. ¡Oh! Busca á María, y hallarás grandeza sin humillaciones, triunfos sin reveses, soledad sin tristezas y amor sin engaños ni vaivenes. No naciste para morar eternamente en la tierra, alma mia; no busques, pues, en ella mundanas complacencias, que afrentan ó martirizan; busca sólo mercedes divinas, cuyo precio son lágrimas de penitencia ó plegarias de gratitud.

¡Cuán enojosas han sido para mi corazón las delicias de la tierra y sus placeres, oh Virgen de las vírgenes! ¡Cómo gusté amargos y desabridos los frutos de las pasiones sin freno, y hallé que eran muchas veces venenosas las fuentes que manan en el hogar de los dichosos y de los felices! Sólo en tus amores hay delicias que sacian la sed de los corazones, y sólo al pié de tus benditas aras manan cristalinos y dulcísimos manantiales, donde la piedad apaga su sed, y las almas pecadoras ven como en un espejo divino las afeadoras manchas de la culpa. Allí quiero vivir ¡oh dulce Madre! para hacerte

ofrenda de mi existencia, y allí quiero morir, para que sea tu templo el cancel de mis hogares en tu gloria.

No desoigas mi dolorida queja cuando te llame ¡oh tierna y dulce y bondadosa Madre mia! ¡no niegues cariñosa tu consuelo á mi corazon cuando le coronen de espinas todas las penas del mundo! Conozco mi indigencia, y busco con santa codicia tus tesoros; adivino mi fealdad, y envidia tu immaculada hermosura; lloro mi ignorancia, y deseo tu inefable ciencia; deploro mis errores, y lucho por conocer tus verdades; humíllame mi pequeñez, y quiero admirar tus gloriosas exaltaciones; gimo al peso de mis culpas, y busco tu perdón; vivo huérfano, y quiero llamarte Madre. ¡Oh! Mirad cómo padece vuestro hijo, y no le negueis ¡oh Madre! vuestro poderoso consuelo.

Corazones que amais y sentís la verdadera grandeza de vuestros amores, reveladme el dulcísimo secreto de vuestras inefabes ternezas, para que ame como vosotros. Peregrino sin báculo, hallé en María mi fortaleza; enfermo sin esperanza, encuentre la anhelada curación en la tiernísima solicitud de su cariño; ciego sin guía, jamás imploré en vano su ayuda. ¡Oh! Vos me enseñasteis á vencer sin desmayar y á sufrir sin desfallecer, Madre mia; Vos cargasteis con la cruz de mis quebrantos, para que imitase sin temor el ejemplo de vuestro Hijo.

Yo despreciaré, Madre mia, las engañosas sugerencias del mundo, y buscaré ahora y siem-

pre vuestra gloria y vuestra gradeza, que son infinitas; yo os cantaré y os ensalzaré delante de mis enemigos, para que os aclamen y os glorifiquen entusiastas, llorando y olvidando su pasado, y en mis hondas tristezas como en mis pasajeras alegrías, esperaré en Vos. Con los tiernos y purísimos afectos de la infancia celebraré vuestras virtudes, y las imitaré con dócil fidelidad para ser digno de vuestras bondadosas miradas; mis pasos se enderezarán siempre á la perfección, y mi oído escuchará con atención religiosa y filial vuestros mandatos cariñosos.

¡Oh dignísima Hija del Padre, á quien debéis toda sabiduría y toda ciencia! iluminad los escabrosos senderos de mis pensamientos, para que sean menos densas las tinieblas que me cercan y más clara la luz que me ilumine. ¡Oh inmaculada y purísima Madre del Hijo, en quien tomáis vuestra omnipotencia y á quien obligáis con vuestra misericordia; prestadme un átomo de vuestro poder, para vencer tentaciones y luchar con los extravíos de la carne, creando en mi corazon el mundo de la virtud. ¡Oh bellísima y amantísima Esposa del Espíritu Santo! dadme un rayo de vuestros amores, para imitaros en vuestras castas contemplaciones y divinos contentamientos, y en Vos viva siempre para amaros, y muera en Vos para ser coronado de gloria y de inmortalidad.

¡Santa María, Madre de Dios y de los hombres! ruega por nosotros, siempre débiles y siempre pecadores y necesitados siempre de tu misericordia; ruega ahora y en la hora de nues-

tra muerte, y serémos salvos por tu poderosísima intercesion, y subirémos á tu gloria para cantar tus alabanzas, y dirémos eternamente como los coros de los ángeles: Santa, Santa, Santa María, digna Madre de Dios, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.

## XV.

### ACORDES MARIANOS.

---

Quando la aurora nace  
De resplandor ceñida,  
Y apagan las estrellas  
Sus luces indecisas,  
Bordado de oro y rosa,  
Contempla el alma mia  
En el azul un Nombre,  
¡Maria!

Quando la tarde apaga  
Del sol, la inmensa pira,  
Y vela sus encantos  
Con ténues nubecillas,  
Y el perfumado cáliz  
Cierra la flor, suavísima  
Se oye una voz que canta,  
¡Maria!

Quando las flores se abren  
Al beso de las brisas,  
Y escancian sus perfumes;  
Y dulcemente oscilan

Su esencia vuela al cielo,  
Y en la rejion divina,  
Aroma siempre un Nombre,  
¡María!

Cuando despeña el valle  
Sus espumosas linfas  
Sonoro el arroyuelo  
Y al rayo del sol brilla  
Cual cinta tembladora,  
Su murmurar suspira  
Siempre este grato Nombre;  
¡María!

Cuando las aves cantan  
En la enramada umbría,  
Y con su voz acordan  
Los ecos de las brisas,  
El alma enamorada  
Escucha conmovida  
Dulcísimo este nombre:  
¡María!

Cuando del lago en calma  
Los vientecillos rizan  
Las olas aun sin voces  
Meciéndose dormidas,  
Los ecos virginales  
Que llegan á la orilla  
Repiten siempre un Nombre:  
¡María!

Cuando la silenciosa  
Noche, del triste amiga,  
Tiende su tapiz regio

De estrellas encendidas,  
Mis ojos ven que borda  
Su claridad divina  
Un nombre siempre dulce:  
¡María!

Y siempre que los valles  
Corónanse de espigas  
Que el sol ardiente besa  
Con ósculos de vida,  
Aprendo en sus rumores  
Y voces peregrinas  
Un Nombre siempre puro:  
¡María!

En los acordes himnos  
Del viento y de las brisas,  
En los rumores ásperos  
Que alza la mar bravía,  
Y en los sonoros himnos  
Que ensaya la avecilla  
Siempre se escucha un Nombre:  
¡María!

Los ángeles del cielo  
Lo dicen con suavísima  
Sabrosa voz; el mundo  
Remeda su armonía  
Pulsando de sus vates  
Las melodiosas liras,  
Y cielo y tierra cantan:  
¡María!

¡Oh flores de los valles,  
De perlas mil ceñidas,

Cuando la aurora rie  
Y el céfiro suspira,  
Bordad en los vergeles  
Con misteriosas cifras  
Y mágicos emblemas:  
¡María!

¡Oh estrellas de los cielos,  
Que llameais prendidas  
Como vivientes perlas  
En la region divina,  
Bordad en las alturas,  
Donde corona el día  
De luz su frente, un Nombre:  
¡María!

Rumores de la noche,  
Canciones vespertinas,  
Murmullos de las fuentes,  
Suspiros de las brisas,  
Cantad en dulces himnos  
Con mágica armonía  
El Nombre de mi Madre:  
¡María!

Yo alegraré la vega  
Cuando despierte el día,  
Cantando su dulzura;  
Yo pulsaré mi lira,  
Y haré que el mundo todo  
Ante el altar repita  
De hinojos este Nombre:  
¡María!

¡Oh tristes corazones  
Que en tálamo de espinas

Gemis desconsolados,  
Buscad amor y vida  
Grabando en vuestro seno  
Con lágrimas dulcísimas  
El Nombre de mi Reina:  
¡María!

¡Oh Madre bondadosa!  
¡Oh fuente de delicias!  
¡Oh flor jamás ajada!  
¡Oh sol que no se eclipsa!  
Da siempre al labio mío  
Tu Nombre, que es mi vida,  
Y eternamente cante:  
¡María.

## XVI.

### CAMINO MARIANO.

---

Las múltiples contrariedades que la impiedad suscita á la justicia, á la verdad y á todas las buenas obras, demandan imperiosamente el más eficazísimo y pronto de los remedios. Concedoras las pasiones de todos los puntos flacos del espíritu, hábiles por extremo, cuando la tentación llega oportunamente en su ayuda, para señalar estos puntos vulnerables, é incansables siempre en su demoleadora tarea; lógico es que la vida moral atribulada, tome seguro amparo tras el baluarte fortísimo de la religion, buscando la victoria allí donde siempre la consiguió su humildad con los esfuerzos generosos de la oracion y de la penitencia.

Sabemos que la vida es milicia y lucha sobre la tierra; pero no ignoramos que ese combate sin tregua y sin descanso es motivo seguro de laureles y de palmas, de triunfos y de vencimientos: conocemos la debilidad y extrema pequeñez de nuestros medios defensivos; pe-

ro nos es conocido tambien el arsenal que puede proveernos siempre de armas jamás melladas que pueden asegurarnos el éxito de la lucha. Pero es preciso ántes de todo, que desandemos los caminos que recorrió nuestra inesperienza con aplauso de las pasiones, y que enderecemos nuestros pasos por la senda que allana, ensancha y bendice María, senda viva de todas las virtudes, de todas las perfecciones y de todas las grandezas.

Que María es ese camino, franqueable á todas las almas, siéntelo así hasta los que hacen alarde de corazon más duro y de pensamiento más frio. Colocada por Dios para ser medianera de todos sus hijos ante el trono de sus divinas justicias, por Ella sola pueden subir nuestros merecimientos á recibir el galardón ofrecido, y descender las santas bendiciones que fortalecen y avigoran nuestra debilidad y enclenques morales.

¡Ah! fáciles y gloriosas conquistas conseguirán siempre los que la pidan valor; perseverancia y fortaleza; para vencer en la lucha empeñada con las pasiones, y dulcisimas y consoladoras conquistas podrán atesorar los que la invoquen confiando en su proteccion amorosa.

¿Qué pudieron jamás sin Ella los que por áspero y tortuoso camino enderezaron sus pasos, ó caminaron, llevados por engañadores guías, sobre abismos cubiertos de flores? ¿Qué triunfos pudieron conseguir las almas tímida ó abiertamente enamoradas de sí mismas y de las bellezas livianas de la tierra? ¿Qué premios alcanzaron jamás los corazones enervados por el pesado yugo de la pasión? ¿á qué alturas se ele-

varon? ¿qué nobles afanes nacieron á su ejemplo? ¿qué generosas ideas suscitó su atrevida encubrimiento?

Solo María, camino viviente de perfeccion cristiana, sabe allanar todos los que abren nuestros dolores y riegan nuestras lágrimas, suavizando sus asperezas, apartando sus obstáculos y cegando sus abismos. Llama á nuestro corazon, con la voz dulcísima de su casto, purísimo y generoso afecto, y el corazon responde sin esfuerzos, á sus ingeniosas y amantes insinuaciones, llama á las puertas de nuestra inteligencia; y el agujoneador deseo de la verdad, rasga las vendas de la duda, sacude las alas entorpecidas del pensamiento, y se remonta buscando en el cielo de la humildad y de la pureza de intencion, la solucien á los problemas que planteó sagazmente el sofisma. Y conseguida esta primera victoria en los primeros pasos dados por la senda de la perfeccion, la conquista comenzada se hace más hacedera y más fácil.

Enojado el corazon con las pasiones, cuyo dejo saboreaba siempre dulce, busca con afan ansioso el amor que ha de llenar con nuevos goces su vacío, y gustando las tiernas afecciones de la que es Madre del Amor Hermoso, rompe para siempre con las ilusiones que fueron su doloroso torcedor, y abrázase ardientemente á las que han de tornarse purísimas realidades, cuando la vida cierre las menguadas puertas de todo lo pasajero y liviano y abra las que dan paso á los siglos que no tendrán fin.

María, fácil camino de la pureza del corazon y de sus sentimientos, lo es tambien de la rec-

titud de la inteligencia y de su ardiente deseo por la verdad. Atareado penosamente el pensamiento en desentrañar y destrozár los problemas que presenta á cada momento la duda y en dar satisfactoria esplicacion á sus mismos delirios, fatígase con tan incesante y vano reluchar, tiende en torno su mirada misteriosa buscando verdaderas soluciones, en lugar de las soñadas y quiméricas, que el mismo deseo de su hallazgo proponia, y término de esas luchas, de esos esfuerzos y de esas fatigas, nace el deseo de la verdad, oscuramente sentido hasta entónces, y tras el deseo el ánsia vivísima de su posesion.

¡Cómo allana entónces la que es Madre de los pecadores y afligidos los anchos caminos de la verdad! ¡Cómo suscita generosos y nobles esfuerzos en el espíritu que yacia dormido ó enfermizo! ¡Cómo aclara los horizontes sombríos, y avvicina en las noches sin término de la duda, ó en los dolorosos crepúsculos de la incertidumbre, la aurora de la verdad y de la evidencia! María ama las restauraciones de todo lo que es divino, y para ello facilita el camino de esas restauraciones salvadoras.

Niéguenlo en hora buena los que han forjado orgullosos sus grillos, y se han entregado inermes en manos de la humillante y fementida esclavitud del error; niéguenlo los que aman la fascinadora pompa de las pasiones y el seductor desenfreno de los placeres; niéguenlo los que aman las sendas tortuosas, la lucha de escaramuzas y la vacilacion y la incertidumbre; los que amamos á María, los que nos gloriamos en seguir sus benditas huellas y nos

orgullecemos en llamarla Madre, buscaremos siempre su camino para alcanzar la propia regeneracion, seguros de preparar con ella la de la familia y la de la sociedad.

La saludable influencia de su dulcísimo Nombre, cuyo eco hace palpar estremecidas por la más santa de las alegrías todas las fibras de nuestro corazón, y el benéfico influjo del ejemplo que ponen sus virtudes á nuestra dulce y amante contemplacion, serán siempre poderosísimas palancas de todo progreso moral y arietes destructores de los falsos muros que aportilla la moderna incredulidad con gastados sofismas y enrevesados argumentos.

¡Oh, qué de desolacion y de ruina seguirían al olvido de la benéfica influencia de María! ¡Cómo se volcarían, trastornados por la mano enemiga de la impiedad, los tronos de oro de las virtudes! ¡Cómo se cegarian las cristalinatas fuentes de las buenas acciones y de los propósitos honrados! ¡Cómo quedarían yermos los campos de la fe, de la esperanza y de la caridad! ¡Cuán grandes serían los desfallecimientos del espíritu, cuán peligrosas las inacciones de la inteligencia!

María lo santifica todo, lo dirige todo y todo lo engrandece. La verdad ennoblecida con el vencimiento de todos los errores, aparece luminosa en las alturas del imperio de la inteligencia, dictando sus eternas leyes; y el amor santificado con el vencimiento de todas las pasiones, aparece en las alturas del imperio del corazón, coronándose con la diadema sin precio de la pureza. María es el altar vivo donde reciben culto todas las virtudes y el sagrario per-

pétuo donde se nos dispensan todas las bondades y todas las misericordias.

¡Qué dulce es para el alma, cuando camina extraviada por las resbaladizas sendas de la perdition, vislumbrar una estrella que la orienta entre las lobregueces y sombras de sus mismas culpas! ¡qué consolador para el corazón, cuando desfallece martirizado por las agudas espinas de la sensualidad y de la corrupcion, hallar un bálsamo que cura sus heridas y una mano cariñosa que arranca con amoroso afán las espinas que le punzan! ¡Ah! ¡cómo consuela saber que María lo santifica, ennoblece y levanta todo!

En el sagrado libro de su corazón pueden leer todos los dolores las dulcísimas palabras del consuelo, y en el hogar bendito de su alma pura pueden hospedarse todos los desgraciados, esto es, todos los pecadores. Camino es de la perfeccion cristiana, porque es también camino viviente de todos los dolores y de todas las amarguras. Ella apuró todos los cálices y agotó el amargo manantial de todos los sufrimientos; subió resignada á todos los calvarios y fué crucificada sin compasion en la cruz de todos los martirios; escuchó la irrisoria befa de todas las calumnias y la salvaje carcajada de todos los escarnios; ¿cómo no ha de ser maestra incomparable de todos los que lloran? ¿cómo no ha de tener el derecho de santificar las lágrimas derramadas por la humildad? ¿cómo no ha de mostrar las entrañas de su ternura en presencia de nuestros dolores?

María, traspasado su corazón de madre por la espada profética de las palabras de Simeon, da elocuentes lecciones de humildad en el dolor

á las almas que se enojan en los trances de la adversidad; María huyendo á Egipto proscrita por la persecucion más horrible, nos muestra cómo debemos huir del azote de las pasiones, que semejantes al leon rugiente, nos rodean para devorarnos; María, buscando en la soledad y entre las gentes á su Hijo Jesus, y hallándole en el templo discutiendo con los Doctores de la Ley y mostrándoles la verdad, nos señala con su conducta las sendas que debemos seguir para alcanzar nuestro fin último; María, abrazada con el Varon de dolores en la calle de la Amargura, es exacta representacion que recuerda á los tristes cómo han de abrazarse con el desconsuelo y la adversidad, y cuando de pié en la cima del Calvario, suspira silenciosa al lado del madero, da elocuentes lecciones para que afrontemos las tempestades de la vida, por terribles, intensas y pavorosas que sean.

¡Ah! ¿Por qué no seguimos los caminos trazados por María en orden á nuestra salvacion? ¿Por qué no obedecemos con paciente y perseverante humildad sus cariñosos consejos y sus preceptos amorosos? ¿Por qué desandamos tantas veces el camino comenzado, borrando con nuevas y más graves falta los méritos contraidos? ¿Por qué flaqueamos en el combate y huimos con criminal cobardía en lo más recio de la batalla? ¿Por qué buscamos con punible impaciencia en las sendas del mundo aplausos que mueren, lisonjas que engañan y adulaciones que manchan? ¡Oh dulce Madre nuestra! Vos sois camino de verdadera perfeccion: enseñadnos á recorrerlo, guiados por vuestra mirada y conducidos por vuestra mano. Ciegos somos, y camino bordeado de abismos es la vida: guiadnos.

## XVII.

### SALVE.

Reina de los cielos,  
Bella como nadie,  
Señora del orbe,  
Luz ineclipsable,  
Soberana Reina,  
Dulce y tierna Madre,  
Virgen sin Mancilla,  
Madre de Dios, salve.  
De misericordia  
Río inagotable  
Que la sed del triste  
Siempre satisface;  
Manantial fecundo  
En cuyos cristales  
Se retrata el alma  
Que es á Dios amable;  
Vida del que vive  
Sin saber amarte,  
En las redes preso  
Del pecado infame;

Vida del que anhela  
Con afán gigante  
Al Tabor eterno  
De tu gloria alzarse;  
Celestial dulzura  
Que al Señor atrae,  
Esperanza nuestra,  
Madre amada, salve.

A Tí con tristeza,  
Fuente de piedades,  
Clamamos los hijos  
De Eva culpables;  
A Tí que piadosa  
Con celo incansable  
Del Hijo perdido  
Las huellas buscaste;  
A Tí suspiramos,  
Oh Virgen amante,  
Llorando sin tregua  
Profundos pesares,  
Y en este tan triste  
De lágrimas valle,  
Gimiendo vivimos  
Cercados de males.  
¡Oh Abogada nuestra!  
Consuelo inefable  
De aquellos que lloran,  
De aquellos que caen;  
Oh Reina potente,  
Que restañar sabes  
Del alma apenada  
El llanto de sangre,  
Tus piadosos ojos,  
Soles virginales

Que con tiernos rayos  
Nos miran constantes,  
A tus hijos vuelve,  
Que te llaman Madre,  
¡A to os aquellos  
Que en tu amor gozaren!  
A Jesús bendito,  
Fruto saludable  
De tu puro seno,  
Muéstranos ¡oh Madre!  
Cuando el alma deje  
La sombría cárcel  
Donde encadenada  
Y afligida yace,  
¡Oh clemente Reina,  
Siempre humilde y grande!  
¡Oh Virgen más dulce  
Que dulces panales!  
Míranos, Señora;  
Tu mirar nos salve,  
Y en el cielo todos  
Te adoren y alaben.

XVIII.

Á LA VÍRGEN MARÍA.

No el plectro codiciado  
Que pulsa acorde el lírico divino  
Anhelo enamorado,  
Ni el cántico sagrado  
Del Profeta que alzóse peregrino;

No la dulce armonía  
Que en el vergel el aura rumorea  
Cuando despierta el día,  
Y en la enramada umbría  
Nidos y flores perfumada orea.

No el ronco son hirviente  
Que espira la onda, cuando enluta el cielo  
La tempestad rugiente,  
Y alza la amarga frente  
Que ciñe el mar con espumoso velo;

No el dulce laud de oro  
De lauro orlado y de aromosas flores;  
Ni el cántico sonoro  
Que en acordado coro  
Dice el poeta cuando canta amores:

Mi alhagador anhelo  
Cifra en la altura su eternal porfía;  
Mi amor me llama al cielo,  
Y mi fe en veloz vuelo  
Me lleva hasta tus piés ¡oh Madre mía!

Que en Tí, como en la fuente  
Que á los sedientos su raudal prodiga  
Brotando dulcemente,  
Mi apasionada mente  
La sed inmensa de su amor mitiga.

¡Oh al alma siempre amado,  
Luciente íris de amor! ¡Oh Vírgen pura  
Mas que en Abril el prado  
De flores alfombrado,  
Cuyo broche es un cáliz de dulzura!

¡Cómo ha de alzar su vuelo  
La inspiracion de mi pensar fecundo,  
Si el terrenal anhelo  
Oculta á mi fé el cielo,  
Y sus alas, oh Madre, enlodó el mundo?

*Virgen que el sol más pura,*  
Y más hermosa que el vergel florido  
Do el céfiro murmura,  
Y en cuya umbría oscura  
Esconde y guarda el ruiseñor su nido;

Virgen en cuyas huellas  
Bebe al nacer, su luz el alba hermosa,  
Y en cuya frente bellas  
Se engarzan doce estrellas  
En diadema inmortal y misteriosa;

Virgen á quien las flores  
Dan la esencia que nace en sus corolas  
Del alba á los fulgores,  
Y á la que dan rumores  
De espuma orladas las hirvientes olas;

En lóbrega y sombría  
Noche de penas y mortal cuidado  
Suspira el alma mía,  
Que ora á tu solio envía  
Un gemido en su cántico sagrado.

Ciñó de mirto y rosas  
Su frente el vate en delirar inmundo,  
Y ora á su fe enojosas  
Ya son, y más hermosas  
Las quiere para Tí, Reina del mundo.

¡Oh Virgen, Madre mía!  
A quien alza la tierra alborozada  
En celestial porfía,  
Cantares de alegría,  
Oscura voz de nuestra pobre nada;

Si hasta tu solio santo  
Llega la voz de tu cantor doliente,  
Y su amoroso canto  
Que perfumó con llanto  
Deposita una lágrima en tu frente,

Da en premio á su ventura  
La luz divina de tus dulces ojos;  
Consuela su amargura,  
Y en cáliz de dulzura  
Beber sin hiél su pena y sus enojos.

Faro son tus altares  
A cuya luz miramos en el cielo  
Nuestros divinos lares,  
Cuando en los turbios mares  
De la amargura zozobró el consuelo;

Estrella esplendorosa  
Que en el azul de nuestras penas brilla,  
Mostrándonos hermosa  
Tras tempestad furiosa  
Del puerto amigo la anhelada orilla;

¡Oh dulce Madre amada!  
¡Oh divino consuelo del que gime  
Y alza á Tí su mirada  
Del polvo de su nada,  
Y sus dolores con tu amor redime!

Veloz huye la vida  
Como la sombra, y como el heno muere  
Apénas es nacida;  
Cada ilusion perdida,  
Espada de amargura que nos hiere;

Del mundo el desencanto  
Con lágrimas de hiel riegan los ojos;  
¡Sólo tu amor es santo,  
Sólo en tu amor no hay llanto,  
Ni al pié de tus altares hay abrojos!

Acójenos piadosa  
Cuando al azul donde tu trono brilla  
Con luz esplendorosa,  
Se eleve fervorosa  
De nuestras almas la oracion sencilla;

Y á vano amor ageno,  
Se una á Tí el corazon en santo abrazo,  
Y de tu amor sereno  
La miel guste en tu seno,  
¡Que siempre es dulce el maternal regazo!

## XIX.

### FLORES A MARÍA.

---

Si en rica ofrenda mi cariño inmenso  
Pudiera, oh Madre, demostrar el alma,  
Oro y diamantes diera,  
Para labrarte sin igual morada,

Y con mantos de reyes alfombrando  
¡Pobre tapiz! tus huellas soberanas,  
Mostrárate ¡oh Señora!  
Cuánto es mi amor, y mi ternura cuánta.

Si con sonoros himnos y cantares  
Loar pudiera tu esplendente gracia,  
Notas al mar pidiera  
Y voz al río que en el mar la acalla,

Y mostrándote así la dicha mía,  
Que á tu regia mansion tiende sus alas,  
Nuevas trovas dijera  
Mas dulces que la miel y regaladas.

Si con diestro pincel la indocta mano  
Tu escelsa y pura imágen retratara,  
Al sevillano ingenio  
Pidiera el mio la encendida llama,

Y en lienzo azul como el azul divino  
Que huella leve tu virginea planta,  
Tu imágen retratando,  
De rodillas ¡oh Madre! la adorara.

Mas pues ni ofrenda de tesoros ricos,  
Ni dulces trovas á mi fe dictadas,  
Ni creador ingenio  
Puede á tus piés depositar mi alma,

Cortaré flores en mi ameno valle,  
Todas nacidas á la luz del alba,  
Cuando la brisa flébil  
Los diamantes sacude de sus alas,

Y tejeré con ellas, emulando  
Las que teje el vergel, una guirnalda,  
Que ofrenda de cariño  
Muestre á tus ojos, y de amor sin mancha.

No buscaré las de color que envidia  
La nube de oro que en oriente se alza,  
Ni aquellas que pomposas  
Yérguense altivas por mostrar sus galas,

Ni las que mueren cuando nace apenas  
El céfiro otoñal, ciñendo escarcha,  
Ni las que un solo rayo  
Puede del sol marchitas deshojarlas;

Las que modestas su hermosura velan  
Y huyen la pompa de mostrar sus gracias,  
Las que de otoño burlan  
La húmeda brisa que marchita y mata,

Las que no temen del quemante rayo  
Que enciende el sol la fecundante llama,  
Ni á un solo vaiven mueren  
Del viento al sacudir las recias alas;

Esas tan sólo tejeré aromosas  
En ramos mil y en mágicas guirnaldas,  
Que de mi amor te muestren  
La honda virtud y la piedad sagrada.

Con voz amante ofreceré mis flores  
Y el corazón que tus mercedes ama,  
Y uniendo al himno mio  
Los que la tierra al bendecirte canta,

Almas amantes de la Virgen Pura,  
Venid—diré—para emular mis ansias,  
Amando sus bondades  
Más dulces que la miel y regaladas.

En grato coro cuyo acorde envidien  
Los céfiros de Abril, cantad sus gracias,  
Y en mística armonía,  
Cual la que el dulce querubin ensaya,

Mostradle vuestro amor, el dulce encanto  
Que en su piedad gustais enamoradas,  
Y flores mil llevadle  
De las que bordan el vergel del alma.

¡Sólo esas flores que ni el sol deshoja  
Ni marchitan glaciales las escarchas,  
Son á su amor aceptas,  
Y bellas á su amor y perfumadas!

Sólo esas flores de perfume eterno  
Su piedad honra y su cariño ensalza!  
¡Sólo con ellas quiere  
Tejan sus hijos la filial guirnalda!

XX.

Ora pro nobis.

PLEGARIA.

¡Oh dulce Madre, oh celestial Señora!  
Luz de la luz de mis turbados ojos;  
¡Oh Virgen pura y santa,  
Del sol vestida en tu palacio hermoso;  
Madre de Dios y de los hombres Madre;  
Miranos tristes, pecadores, solos;  
Ten ¡ay! piedad de nuestras torpes culpas!  
¡Ruega por nosotros!

Redes de flores, donde presa el alma  
Quede del vicio, la impiedad tendiónos;  
Con voz alhagadora  
Nos llamó á su mansion llena de lodo,  
Y allí olvidada tu memoria pura,  
Y en brazos del placer, padre del oro,  
Nuestras almas sus galas arrojaron,  
Hollándolas despues con necio encono.

Oh dulce Madre! oh celestial Señora!  
Dulce consuelo que al llorar imploro;  
Fuente de linfas puras  
Que en mar se torna sin correr arroyo;  
Nube de fuego que en la negra noche  
Gulas al triste que clamó de hinojos;  
Ten ¡ay! piedad de nuestras culpas todas!  
¡Ruega por nosotros!

Nos brindó el mundo entre festivos cantos  
Dichas sin cuento y perdurable gozo;  
Del mar de la fortuna  
Nos mostró facil el camino ignoto;  
Del poder codiciado, en los umbrales  
De nuestro orgullo levantóse el trono,  
Y vistiendo de flores nuestra senda,  
Su manchado poder envileciónos.

Oh dulce Madre! oh celestial Señora!  
Mas Pura que la flor, de Abril pimpollo,  
Y mas que el valle hermoso,  
Cuando semeja un mar de espigas de oro;  
Oh tierna Madre en cuyo dulce seno  
Hallan paz los turbados y reposo;  
¡Ten ¡ay! piedad de nuestras negras culpas!  
¡Ruega por nosotros!

Entre las ondas que revueltas corren  
Por el rio del tiempo caudaloso,  
Nuestro soñar hundióse  
Como nave en el mar contra el escollo;  
Y perdida la fe, ¡del alma aliento!  
Y manchado el amor, ¡divino soplo!  
Velóse el sol que en nuestro azul brillaba,  
Como brillan los Reyes en su solio.

Oh dulce Madre! oh celestial Señora!  
Brillante luz de mis turbados ojos;  
Escala misteriosa  
Que lleva al hombre hasta tu escelso trono;  
Abogada del triste y del caido,  
Del enfermo salud, y amor de todos,  
Ten ¡ay! piedad de nuestras muchas culpas;  
¡Ruega por nosotros!

Pesada Cruz al Gólgota llevamos,  
Sobre los flacos y enojados hombros;  
De espinas ¡ay! ceñidos,  
Como reyes nos burlan irrisorios,  
Y entre sayones que nos mofan viles,  
Y entre sectarios que nos llaman locos,  
A beber nuestro caliz caminamos,  
Tristes, manchados, pecadores, solos.

¡Oh dulce Madre, oh celestial Señora!  
Sol sin eclipses á mis tristes ojos;  
Amparo, luz y guía  
De los que claman de tu altar en torno;  
Madre amorosa, sin enojos nunca;  
Madre bendita, con amores sólo;  
Ten ¡ay! piedad de nuestras culpas todas,  
¡Ruega por nosotros!

De tu capilla ante el altar bendito  
Te ofrecerémos nuestro amor de hinojos;  
Plegarias y cantares  
A Tí alzarémos en sagrado coro;  
Nuestro amparo y piedad te llamaremos,  
Nuestro dulce consuelo poderoso,  
Y nuestras obras, en tus santas manos,  
Llevarémos de Dios al alto trono.

¡Oh dulce Madre, oh celestial Señora!  
Reina del cielo y de la tierra asombro,  
Emperatriz escelsa,  
Cuyo manto es el sol y el orbe solio;  
¡No desoigas la súplica del triste!  
No veles ¡ay! tu rostro cariñoso!  
Ten piedad de las culpas que nos manchan!  
¡Ruega por nosotros!

## XXI.

### À LA INMACULADA.

No es mas bella la flor, gala del vaslle,  
Que mi divina Amada,  
Ni es mas dulce su miel, que el dulce nombre,  
Con que mi voz la llama,

Mas hermosa que el sueño mas hermoso  
Mi mente la retrata,  
Y mas pura que el ampo que encanece  
La sien de la montaña.

Sus lábios de clavel; rubios sus rizos  
Como la miés dorada;  
De azul del cielo sus rasgados ojos,  
Su voz música grata:

Urde su manto el sol, y sus encajes  
Borda con luz el alba,  
Y es de estrellas su nítida corona,  
La luna su peana.

Antes que el caos á la voz potente  
De Dios se despertara;  
antes que el sol en el cenit ardiera  
Como una inmensa llama;

Antes que el mar en reluchar eterno,  
Sus arenosas vallas  
Mordiere con furor, espoleando  
Sus olas fatigadas,

Ya en la mente de Dios fué concebida  
La Virgen Pura y santa,  
Como el sol elegida, y como aurora  
De amor y de esperanza.

¡Oh dulce lira de laurel y flores,  
Para cantar orlada!  
Haz que vibren tus cuerdas al suspiro  
De amor que el alma exhala.

Haz que á tu acorde melodioso y grato,  
Despierte enamorada  
La Musa del cantor, Musa que bebe  
La inspiracion cristiana;

Y al evocar la Imágen de María,  
Purísima y sagrada,  
Puede besar la fimbria de su manto  
Que enjuga nuestras lágrimas.

Cien veces ¡ay! humedecí con ellas  
Sus virginales aras,  
Donde entre nubes de oloroso incienso  
Elevo mis plegarias,

Y las cadenas sacudí del mundo  
Que airado nos maltrata;  
¡Sayon cobarde que entre escarnio y befa  
Del polvo nos levanta!

Tú sola ¡oh Madre! en el ardiente cáliz  
Que con su hiel amarga,  
Tu dulzura vertiste y tu consuelo  
Tan gratos para el alma.

Tú sola dístes á mi corazon flores  
Que nunca veré ajadas,  
Y voz divina á las vibrantes cuerdas  
Que tu Pureza cantan.

¡Dichoso ¡oh Virgen! si al volar al cielo  
De do tu voz me llama,  
Modulan ellas tu divino Nombre  
Que el fiel corazon guarda!

¡Dichoso ¡oh Madre! si al alzar mi vuelo  
Con las ardientes alas  
Del amor más purísimo y más casto,  
Anido en tu morada!

Y al ofrecerte el corazon, vacío  
De terrenales galas,  
Y coronado de livianas flores  
Que el tiempo seca y mata,

De fe lo llenas y de amor y gloria,  
Brotando á tu mirada  
Flores ¡ay! de pureza que perfuman  
Tus virginales aras.

¡Oh patria mia, la de eternas glorias,  
Oh bendecida patria!  
Cuna que un tiempo para el orbe todo  
Sabios meció y monarcas;

La que en Asturias desplegó á los vientos  
Su enseña respetada,  
Y con turbantes y alcazares de oro  
Urdió al muslim mortaja;

La que ensanchó la tierra con sus naves,  
Y do fijó su planta,  
En su escudo grabó para más gloria  
El nombre de mi Amada;

Ven á su templo para honrarla pura  
Como mi voz la canta;  
Como ese Anciano que suspira mártir  
Ayer la declaró.

Ven á ofrecerla con cariño inmenso  
Tu afecto y tus plegarias;  
Ven á decirle con amantes voces:  
«Aun es tu herencia España».

Fieles sus hijos, su homenaje rinden  
A tus divinas plantas,  
Y eternamente á tu Pureza ¡oh Virgen!  
Consagrarán sus almas.

---

## XXII.

### À LA VÍRGEN MARIA.

---

Soy tu hijo.

Virgen más pura que el sonris del alba,  
Cuando en oriente al despertar mostró  
Su pompa régia y su celeste encanto,  
Desplegando hechicera el rico manto  
De oro, y de rosa que con luz urdió,

Haz que la luz de tus benditos ojos  
Llene hoy mi pecho de ardorosa fe.  
Haz, Madre mia, que al vibrar mi palma,  
En ella engarze al ofrecerle, el alma,  
Que un nuevo cielo en tus miradas ve.

Dáme las alas que el amor agita  
Para acercarme sin descanso á tí;  
Dáme el amor que el serafin eleva,  
Que es lodo solo al que el humano lleva  
Del corazon en el abismo aquí.

Cárcel sombría mi anhelar encierra,  
Y ansio ¡oh Madre! hasta el azul volar,  
Dejar el llano y trasponer el monte,  
Y el espacio cortar del horizonte,  
Y tras sus lindes su mansión hallar.

Oh! cuando rompa sus crugientes hierros,  
Yo, Madre mía, llegaré hasta tí,  
Que aun viste el alma divinales galas,  
Y aun desenlodo con la fé mis alas  
Para volar omnipotente allí.

Hoy de mi anhelo mensajero santo,  
Llegará al cielo mi filial cancion;  
No la dió voces el cordaje de oro  
Del arpa mía en melodioso coro,  
Que es el arpa mejor el corazón.

De su seno siempre herido  
Brotó amorosa y ardiente,  
Como el trino no aprendido  
Que canta al velar su nido  
El ruiseñor dulcemente,

Y alas le dió de armonía  
La brisa dulce y sonora  
Que sirvede voz al día,  
Y á la luz sirve de guía  
Cuando va á nacer la aurora,

Y su acorde omnipotente,  
Y su vividor vibrar,  
Y su seco son hirviente,  
La onda cuya amarga frente  
Ciñe de espumas el mar.

No fué una voz misteriosa,  
Ni un gemido de dolor;  
No fué una queja llorosa  
La plegaria siempre hermosa  
Del alma del trovador.

Con el mundo entero en guerra,  
Buscaba plácida calma,  
Donde la calma se encierra,  
Y á tí alzó desde la tierra  
Su dulce plegaria el alma,

Y aprendió en su padecer,  
Y en su incesante llorar,  
Que es infinito el placer  
Que siente el hombre, al saber  
Que siempre te puede amar.

Yo sé que la cruda guerra  
Que mueve el mundo á mi anhelo,  
Siempre al espíritu aterra,  
Mas sé que al cruzar la tierra  
Me miras tú desde el cielo,

Y que si el ánima herida  
De tus huellas corre en pos  
Nunca al combatir vencida,  
Halla en tu amor nueva vida,  
Y eterno descanso en Dios.

Yo sé que debo sufrir,  
Y padecer y llorar;  
Sé que debo bendecir  
La cruz que llevo, y gemir,  
Mas sé que te debo amar.

Pues es para el alma herida  
Dulce bálsamo tu amor  
Cual la lluvia apetejada,  
Es aroma, y savia, y vida,  
De los pensiles en flor.

Donde quiera que apenado,  
Tu amor en virtud fecundo  
Con santo anhelo he buscado,  
De espinas ¡ay! coronado  
Y en cruz lo adoré en el mundo.

Y así aprendí á padecer,  
Y á combatir y á llorar,  
Y á gustar ese placer  
Que siente el hombre al saber  
Que siempre te puede amar.

Horas quizás de tristura,  
Y de infinita aflicción  
Lloraré en mi desventura,  
Llevando un mar de amargura  
Dentro de mi corazón;

Mas yo enjugaré mi llanto,  
Y romperé mis cadenas,  
Y agotaré mi quebranto,  
Dando música á mi canto  
Con las voces de mis penas,

Y sin tregua combatiendo  
Los sueños de mi delirio,  
Y mis pasiones venciendo,  
Iré subiendo, subiendo  
Al monte de mi martirio,

Y contemplaré en mi anhelo,  
Del cielo azul al través  
Alzando ardiente mi vuelo,  
Que las estrellas del cielo  
Sirven de alfombra á tus piés.

Y aprenderé á padecer,  
Y á combatir y á llorar,  
Y á gustar ese placer  
Que siente el hombre al saber  
Que siempre te puede amar.

Sin consuelo á mi tristura,  
Largas horas recorri  
La calle de mi amargura,  
Y hallé infinita ventura  
Cuando en tus brazos caí.

Porque tu amor, Madre mía,  
Endulzó con tanta miel  
La acerba hiel que bebía  
Que amargo el mar no sería  
Si yo la vertiese en él.

Por eso de amor sediento  
En mi infinito dolor,  
A tí elevo el pensamiento,  
Como en las alas del viento  
Todo su aroma la flor.

Oh Virgen, siempre querida,  
Haz que recuerde en su duelo  
Mi ánima triste y herida,  
Que hay otra tras esta vida  
Llena de paz en el cielo;

Que tras este torbellino  
Que agita al mundo traidor,  
Esperas tú al peregrino  
A la orilla del camino  
Para ofrecerle tu amor,

Y tras su llanto desecho,  
Y al romper los duros lazos  
Que urde el mundo satisfecho,  
Halla un hogar en tu pecho,  
Y más que un trono en tus brazos.

Yo quiero, oh Virgen, y exijo  
Aunque al mundo no le cuadre  
Y burle mi regocijo,  
Que cuando me llames ¡hijo!  
Pueda contestarte.... ¡Madre!

---

## XXIII.

### ULTIMA OFRENDA.

---

Yo no sé si mis trovas  
Encuentran eco,  
Pero sé, Madre mía,  
Que van al cielo;  
¡Premio sobrado  
Para el alma del vate  
Que os ama tanto!

Yo no sé si mi lira  
Tiene voz grata;  
Pero sé, Madre buena,  
Que cuando canta,  
No hay ruiñeños  
Que en sus trinos sonoros  
Sus notas copien.

Yo quisiera ofreceros  
Virgen y Madre,  
Mas tesoros que arenas  
Tienen los mares,  
Pero soy pobre...  
Mis tesoros son siempre,  
Trovas y flores.

Para vos su armonia  
Mi lira guarda,  
Para vos sus acordes  
Virgen del alma,  
Porque vos sola,  
Sois la reina bendita  
Que el vate adora.

En el fondo del alma  
Grabada llevo  
Vuestra Imagen divina,  
Virgen del cielo,  
Mas pura y bella,  
Que los sueños del angel  
De la inocencia.

Cuando os canto mis trovas,  
Me dan las brisas  
Que en mis valles murmuran  
Sus armonias;  
Cuando suspiro,  
Sus sonoros acordes  
Los cefirillos.

Voz del cielo quisiera  
Para cantaros,  
Que el cantar de los cielos

Os es más grato;  
Y mis baladas,  
Aunque bellas, son siempre  
Llanto del alma.

En el cielo os saludan  
Los querubines,  
Y en la tierra no os cantan  
Más que los tristes;  
¡Siempre son ayes  
Las plegarias de aquellos  
Que os llaman Madre!

Vientecillos sonoros  
De la montaña,  
Que aspirais del tomillo  
La esencia grata,  
Volad al cielo,  
Y decidle á la Virgen  
¡Cuánto la quiero!

Recordadle que el alma  
Guarda su Nombre,  
Como guardan su aroma  
Las frescas flores;  
Decidle amantes,  
Que me miren los ojos  
De sus piedades.

Cuando nace la aurora,  
Sueño que rie;  
Cuando nace la tarde,  
Que está muy triste;  
Cuando la sombras  
Dan sudario á la tierra,  
Sueño que llora.

Cefirillos alegres,  
Hijos del alba,  
Preludiad si sonrie,  
Música grata;  
Brisas ligeras,  
Cuando llore mi Madre,  
Llorad con Ella.

Ruiseñores del huerto,  
Flores del valle,  
Inspiradme armonías  
Cuando yo cante;  
Céfiro estivo,  
Dime el dulce secreto  
De tus suspiros;

Que yo quiero en mis trovas  
Decirla siempre,  
Que su Nombre bendito  
Mis labios cierre,  
Para que sea  
Su purísimo Nombre  
Mi última ofrenda.

## ÍNDICE.

	Págs.
<i>Dedicatoria.</i>	3
<i>I.—A la Reina de los angeles.</i>	5
<i>II.—Meditacion mariana.</i>	9
<i>III.—A la Madre del Amor Hermoso.</i>	15
<i>IV.—Mayo.</i>	20
<i>V.—Rosa mística.</i>	26
<i>VI.—Amor de Maria.</i>	31
<i>VII.—Flores y lágrimas.</i>	39
<i>VIII.—Pensamientos marianos.</i>	44
<i>IX.—El Angelus.</i>	51
<i>X.—A la Virgen Maria Madre de la santa Esperanza.</i>	57
<i>XI.—Corona de flores.</i>	64
<i>XII.—¡Viva Maria!</i>	68
<i>XIII.—Sueños de ángel.</i>	73
<i>XIV.—Soliloquio.</i>	78
<i>XV.—Acordes marianos.</i>	85
<i>XVI.—Camino Mariano.</i>	90
<i>XVII.—Salve.</i>	97
<i>XVIII.—A la Virgen Maria.</i>	100
<i>XIX.—Flores a Maria.</i>	104
<i>XX.—Ora pro nobis.</i>	108
<i>XXI.—A la Inmaculada.</i>	111
<i>XXII.—A la Virgen Maria.</i>	115
<i>XXIII.—Ultima ofrenda.</i>	121

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200

201

202

203

204

205

206

207

208

209

210

211

212